

DE MADRID

A MADRID

TIP. J. FERNANDEZ ARIAS

PLAZA MAYOR, 16. MADRID

"DE MADRID A MADRID"

VIAJE AUTO - CINEMATOGRAFICO

GOZADO DURANTE QUINCE DIAS

PASANDO POR

Collado-Villalba, Astorga, Orense y Vigo;
Pontevedra, Santiago de Compostela y
La Coruña; Ortiguera, Oviedo, To-
rrelavega y Santander; Palen-
cia, Valladolid y Villalba...

o sean

"dos mil y pico de kilómetros"



Notas insubstanciales, tomadas al correr del lápiz, y el volar de un magnífico **Delaunay-Belleville** de 45-60 H.P., por la Muy Reverenda y Oronda Paternidad del **Camarlengo** de la Venerable Orden de **Jerónimos Terciarios**.

A. M. D. G.

(*Ad Maiorem Demetrius Gaudiam*).

Amén-Jesús.

THE HISTORY OF THE

REPUBLIC OF THE UNITED STATES OF AMERICA

FROM 1776 TO 1863

BY

WILLIAM B. ECHOLS

Author of "The History of the

Republic of the United States of America

from 1776 to 1863

and "The History of the

War

of the Republic of the United States of America

from 1776 to 1863

and "The History of the

War of the Republic of the United States of America

from 1776 to 1863

NEW YORK

Obra *brindada* (montera, muleta y estoque en mano, a guisa de *Larita*), a su ilustre Eminencia, el Prior de la Comunidad, Fray Fernando *Grand Jardín*, Arcipreste de Sevilla, Maestro de ceremonias en todas partes, Nuncio de Buenos Aires en Madrid, Preboste y Bailio Supremo de la J. y de la T., Arquitrabe, porta-estandarte, *fac-totum revolutum* del Sindicato y de las Plazas de Toros adyacentes, y *verdadero Conde* (1) del viaje...

(*Sin licencia del Ordinario ni de nadie, aunque por prescripción facultativa*).

En Madrid, a los treinta días del mes de Octubre de 1922.

(1) *Intelligentis pauca...*

Los trabajos de esta naturaleza y algunos en
masa, a saber los trabajos de las oficinas
del Estado de la Comandancia de San Fernando
y de los de San Juan de los Rios de los
Andes en los departamentos de Buenos Aires en
el Estado de Buenos Aires y de San Juan de los
Rios de los Andes y de San Juan de los Rios de los
Andes y de San Juan de los Rios de los Andes.

El presente del Estado de San Juan de los Rios de los
Andes y de San Juan de los Rios de los Andes.

El presente del Estado de San Juan de los Rios de los
Andes y de San Juan de los Rios de los Andes.



“INTROITO”

(que puede dejar de leer, igual que el resto del libro, todo el que tenga prisa y quiera acabar pronto.)

Desde los postreros *Ejercicios espirituales* de nuestra Comunidad, amadísimos hermanos, primos y cuñados míos, que, como sabéis, realizamos en Sevilla, durante la primavera de gracia de este año, se venía hablando, entre nuestros Superiores, de la conveniencia de emprender alguna *misión* catequística por el Norte de España, que tuviera su apoteosis, jubileo y bendición pontifical en la diócesis de Santander, sede posente del opulento hermano banquero de la Orden, nuestro amado en el Señor Fray Demetrio, obispo láico de Torrelavega y sus contornos, prelado doméstico de S. S. y marqués de la Peonza.

Y ello fué el origen de que, al mediar el mes de agosto último, se movilizasen y pusiesen en camino nada menos que su excelencia el Prior, cabeza visible de nuestro Sindicato, el Sacristán mayor, en nombre y representación de las devotas que visten nuestro mismo hábito, el bizarro general Esbardallante, en el de los aspirantes y novicios de la Congregación, y el abultado vientre con una cabeza por adorno de este siervo de Dios, que no representaba casi ni a sí mismo...

El caso es que todos cuatro, por no decir que tres y céntimos... acordaron que fuese yo, el indigno hermano *Camarlengo*, el que actuase de fiel de fechos del viaje, y redactara, al propio compás y velocidad de la excursión, una especie de *Memoria* o de *Diario* de aquella que, a la postre, resultara algo así como una ayuda en la evocación de sus recuerdos, claro está que para los que la disfrutaron; motivo de solaz y envidia para los venerables sindicados que se quedaron en tierra sin hacerla, y ejemplo perdurable y provechoso para los que, por no pertenecer a nuestro Sindicato, no saben de la misa la media, ni lo sabrosa que es la miel tomada inmediatamente después de las hojuelas.. Y basta de explicaciones, y al grano. Oído al parche. Comienzan las *Memorias*.

Son hojas de mi *Diario*.

I

Astorga, viernes, 11 agosto de 1922.

Venerables hermanos. Henos aquí ya, señores, en la patria de García Prieto y de las mantecadas, al filo de la media noche, que han cantado un gallo y un sereno, rompiendo el silencio profundo en que duerme esta levítica y minúscula ciudad, y algo resentidos del *brinco* que hemos dado...

Porque háis de saber, hermanos míos, que el Sacristán mayor y mi pobreza salimos de Madrid hoy al medio día, para recoger a nuestro reverendo Padre y Prior, que estaba de vacaciones en Villalba. O lo que es igual,

que nos hemos saltado a la torera en pocas horas 325 kilómetros... Y no olvidéis que, si salimos de Madrid a las doce, llegamos a Villalba a las doce y cuarenta, y luego, no reanudamos la marcha hasta las cuatro de la tarde, pues su eminencia el Prior, queriendo sin duda humillar nuestra precipitación y vanidad, se pitorreó de lo lindo con nosotros, recibiéndonos en pijama y zapatillas, como sorprendiéndose de que hubiésemos sido puntuales. ¡Qué grande se me ha hecho hoy la pachorra augusta del Prior!... Así se comprende que teniendo treinta y tres relojes no haga caso de ninguno... El tiempo para el prior no es oro, es polvo deleznable. *Pulvis eris...* ya lo dijo Navarro-Reverteris...

Pintaros cómo fué el almuerzo que precedió a la partida de Collado Villalba, monasterio de *Las Águilas*, sería redundancia para los que sabéis cómo las gasta el hojalatero, quiero decir el Prior, en cuestión de penitencias y de ayunos. Y, después de comer mucho, bien y con despacio, conseguimos que el Prior, al fin, se decidiera, se vistiese, y diera los últimos toques al automóvil que nos aguardaba, con sus noventa caballos piafando... y su motor temblando de impaciencia.

Yo, naturalmente, y aunque soy muy viejo, no asistí a las faenas de Noé, cuando aprovisionó su arca para que, durante el Diluvio, no se murieran de hambre los bichos y las alimañas de que materialmente la llenó. Pero, a pesar de no haber visto aquella inauguración del Cuerpo de Intendencia militar, puedo afirmar, sin temor a equivocarme, que Noé no metió en su arca tantas cosas de comer, beber y arder, aparte de los equipajes que iban encima del auto, cómo acumuló nuestro Prior en su coche. ¡Ni que nos fuésemos al

Polo!... A mi me costó algún trabajo acomodarme en aquel almacén improvisado! Soy un bulto de 90 kilos, y tuvieron que meterme a fuerza de empujones, entre siete maletas, ocho cajas, cinco sombrereras y tres o cuatro cestas. Las piernas me las sujetaron con tres termos, dos melones y media docena de botellas, a más de máquinas de fotografía, telescopios, cañas de pescar, gabanes, impermeables, paraguas, bastones y otros envoltorios.

En este reparto, que me dejaba embalado, no entraban, por supuesto, las mil cosas que se habían colocado en la red frontal del techo del coche, y entre las que recuerdo cajas de magníficos tabacos, ruedas de pitillos bastantes para que fumase un mes un regimiento; botes y saquitos con chocolates y pastas, caramelos, medicinas, uvas moscateles, libros, guías, revistas y periódicos. Afortunadamente, y por lo que ahora se dirá, no se colocaron los melones ni las botellas en la redcilla...

Y a punto de dar las cuatro, tras de afectuosa despedida de los que se quedaban en Villalba, el motor se puso en movimiento y partimos.

El Sacristán mayor iba en el, llamémosle pescante, y como el General nos esperaba con sus tentáculos en Pontevedra, el Prior y yo íbamos en el interior de aquel bazar, repantigados como obispos que presidiesen un sínodo o la consagración de otro prelado ..

— *Et voilà...*—dijo entonces el Prior, experimentando la satisfacción del que ve realizado un proyecto que había largo tiempo acariciado. Y con espanto de mis oídos germanófilos se puso a cantar la Marsellesa.

Comenzábamos en esto a gustar del espectáculo de panoramas conocidos: Navacerrada en lontananza,

Guadarrama ante nosotros... Y, al poco, el alto del León y los pinares de San Rafael.

Las novedades, y los coscorriones, empezaron en Villacastín. Hasta allí la carretera se había mostrado venévola y piadosa con nosotros pero, de allí en adelante...

Al tristísimo espectáculo de la aridez ingrata de los campos monótonos, sin árboles y abrasados por el sol brutal, que, en el verano, fulgura calcinando las llanuras de Castilla, deshonor éstas de España, vinieron a sumarse, para que nuestra satisfacción fuese completa, los brincos y los saltos que daba el automóvil, hundién-dose en los baches y saltando por encima de la grava y las nubes de polvo que nos perseguían y envolvían, cegándonos y haciéndonos temer la proximidad de nuestra asfixia. Porque el coche era cerrado, pero hacíamos lo que los que no abren el paraguas cuando llueve, y el aire y el polvo nos ahogaban...

Mas el bailar del auto tuvo aún peores consecuencias. Todos los objetos que habíamos colocado en la red de junto al techo, iban sucesivamente siendo despedidos de la red como si fuesen proyectiles, y tan pronto nos caían en los ojos pastillas de chocolate y cigarrillos, como se nos estrellaba en las narices la guía *Michelin*, el *Baedeker* o un salchichón entero.

—Menos mal—decía yo al Prior—que no ha puesto usted en la red ni el melón ni las botellas.

Pero el Prior, aunque muerto de risa al verse, como se veía, apedreado, me hizo observar que íbamos a ser cogidos al instante entre dos fuegos. La pedrea nos venía por delante; pero, la paliza que nos aguardaba, se nos presentaba a traición y por detrás. Fué ello que las maletas, los sacos de mano, más todos los paquetes que

el Prior había ordenado y acomodado como los libros de una biblioteca o la ropa de un armario, perdieron su equilibrio con el movimiento, y se lanzaron a la más furiosa lucha que yo he visto, alcanzándonos a nosotros, claro está, los testarazos.

Y así, chocando y golpeándonos el equipaje, lloviendo sobre nosotros todo lo que metimos en la red, azotados por el vendaval (porque al aire, que venía contrario, se añadía la velocidad del coche) y a cada kilómetro más blanqueados por el polvo, pasamos por Labajos, Sanchidrián, Adanero y Arévalo, pueblo este último que nos pareció rico, limpio y muy simpático.

Veinte minutos después, porque corríamos de firme, avistamos Medina del Campo, histórica ciudad en la que nos detuvimos, por milagro, el tiempo preciso para sacudirnos la tierra que llevábamos encima, refrescar las fauces, y escuchar al Prior un discurso que tuvo por tema el histórico castillo de la Mota.

Sentados ante la puerta de un café, en la Plaza Mayor o de la Constitución, disfrutando del ambiente relativamente fresco de la tarde, viendo revolotear alrededor de las torres y de los campanarios numerosas bandadas de pájaros, y saboreando de antemano lo que nos íbamos a divertir en el viaje, reposamos de los encontronazos padecidos en el auto, y nos sentimos con las fuerzas renovadas para sobrellevar la continuación de la inaguantable y odiosa travesía de Castilla.

Metidos de nuevo en el coche, arreglado ya de otra manera para que resultara más cómodo, proseguimos la expedición y, dejando atrás Rueda (otro pueblo que mereció mi aprobación), al punto de comenzar a anochecer, dimos vista a Tordesillas, aprovechando el paso sobre el Duero, para entregar a la turbulencia de

sus aguas cierta reliquia, célebre en el Sindicato, que quizá, andando el tiempo, encuentre enmohecida y cubierta de herradumbre algún arqueólogo erudito y crea ser la **I**llave que la Reina doña Juana usó para cerrar el féretro de su marido Don Felipe el Guapo.

A medida que avanzábamos y que obscurecía, se iba agrandando la tristeza y la desolación de los paisajes. Los poblados eran cada vez más raros y distantes, pareciendo, además, deshabitados. Ni en el camino ni en los contados caseríos se veía alma viviente. ¡Era bien la Castilla que Ricardo León dice que le encanta!

Con los ánimos alicaídos por la lobreguez y melancolía ambientes, sin hablarnos de puro sobrecogidos y malhumorados, yendo ya entre tinieblas, supimos por los planos a que consultamos, que habíamos pasado por Velilla, por Mota del Marqués, por Almaraz, por Frades, y que íbamos por Villalpando.

¡Qué trozo para un viaje de recreo! Allí se explica el correr mucho para perder de vista lo que no se vé.

Cuando llegamos a Benavente, era noche cerrada y hacía mucho frío. Nos apeamos, estiramos nuestras piernas, y encontrándonos con otros pasajeros de automóvil, dedujimos de sus comentarios, respecto del camino que trajeron, que la ruta elegida por nosotros era la mejor y más directa.

Había, pues, que continuar a Astorga, donde dormiríamos. Y con esta esperanza confortados, renovamos el viaje, alegados en este trayecto, más que en los anteriores, por la cháchara inagotable del Prior. Además, nos consolaban las sombras que nos envolvían. Ojos que no ven corazón que no siente. Y como no veíamos ni la carretera ni los campos que cruzábamos, nos hacíamos la ilusión de atravesar amenísimos vergeles

que admiraríamos en cuanto amaneciera. Las luces de un tren nos distrajeron: ¡qué majestuoso y misterioso es de noche un tren en marcha!...

Habíamos entrado en la provincia de León, y dedicamos un recuerdo a sus montañas, a la brújula, a la famosa y preciosa catedral... como dedicamos otro al Congreso y a la Comisión de actas, al atravesar la población de *La Bañeza*, porque ¿en qué legislatura no hay jarana a propósito de este distrito?...

Al fin (todo llega en este mundo), y estando ya a 322 kilómetros de Madrid (a las seis horas de haber salido de Villalba); dadas las diez y media de la noche, rodábamos por las calles de Astorga.

Ya sabéis, hermanos, quien es el Prior disponiendo hospedaje para sus subordinados. Lo mejor de lo mejor. Tal es el lema, Pero ¡ay!... lo mejor en Astorga es algo así como la *Posada del Peine* de Madrid, aunque no se coma tan rematadamente mal como en el Palace .. de Gemelli.

Entramos, pues, en un hotel que está montado a la antigua. Pero nuestro buen humor supo sacar partido de la situación. Llevábamos provisiones abundantes en nuestra cesta de merienda, y haciendo comedor de mi alcoba nupcial (y la llamo así porque tenía dos camas), y colocando entre ellas las dos mesas de noche empalmadas, nos sentamos en los lechos como si fuesen divanes, y literalmente devoramos los sabrosos comestibles que provenían de nuestra casa conventual de Villalba, rociándolos con vinos capaces de resucitar una necrópolis y sazónándolos con el brindis de nuestro ritual:

—¡Por nuestras banderas, y etc ..

En el *elestera* incluimos, por supuesto, a todos nuestros queridos amigos de Madrid.

Y rendidos por el sueño decidimos recogernos.

No sin que mi reverencia, antes de darse semejante gusto, deje de cumplir su obligación y anote cuanto antecede. Lo cual no me negareis que tiene mérito. Porque estoy aniquilado, hace frío, han cantado la una los serenos de la localidad, y se me cierran sin querer los párpados.

Hermanos, buenas noches.

Hasta mañana, si Dios quiere.

II

Vigo, sábado 12 agosto de 1922.

Venerables hermanos: ¡no hay derecho! Apenas puedo moverme de entumecido y de asendereado, y he aquí cómo a altas horas de la noche obedezco al Prior, sobreponiéndome a mi molimiento, para continuar al día y en obsequio vuestro, la redacción de estas lecciones de viaje! ¡Todo sea por Dios!...

Tras de las ocho horas y media que corrimos ayer en automóvil, hemos corrido hoy algo más de nueve. Y si ayer recorrimos 328 kilómetros, hoy hemos recorrido 336. Estamos, por consiguiente, a 664 kilómetros de la Puerta del Sol... a la orilla del mar, en esta bahía incomparable y sin rival que llaman Vigo.

Pero, no anticipemos los sucesos, como decían los buenos escritores de novelas.

Cuando esta mañana, en Astorga, comenzaba el alba a clarear, plateando el cielo y limpiándolo de estrellas, madrugador como soy, me lancé a la calle para reco-

rrer la población, mientras el Prior y el Sacristán dormían como benditos y a pierna suelta en el hotel. Por supuesto que, este nuestro albergue de una noche, más parecía posada o venta de las clásicas, de aquellas en que por azar pernoctaba Don Quijote, que un hotel moderno. Para mayor similitud, al cruzar yo por el zaguán, tuve que pasar entre unos arrieros que atendían celosos al regalo de sus mulas y repasaban las desgastadas galgas de sus carros; y un cura rural, gordo, ennegrecido por el sol y con hábitos tan raidos y cortos como desteñidos, me dió los buenos días y me preguntó por el camino de la cuadra, para hacer o deshacer en ella una necesidad urgente.

Me sentí cuadrillero de la Santa Hermandad o andante trotacarreteras y, poniéndome a tono con el carácter castizo de lo que me rodeaba, ayudé al presbítero a que encontrase su retrete, y, a la luz mortecina de un farol, entablé diálogo con el dueño de la fonda, complaciéndome ver en él una especie de ventero de los del tiempo de Cervantes, y observar además el predicamento que en los lugares, alcanzan los que son o vienen *de Madrid*.

Salí luego a la contigua plaza donde, un sencillo monumento, conmemora la heroica defensa de Astorga en la guerra de la Independencia; y eligiendo las callejas más tortuosas, mal empedradas y sombrías, que estaban además desiertas, me encaminé como una sombra más a la catedral, de la que era y soy antiguo admirador y amigo. La calma y el silencio de las calles, la luz indecisa y pobre todavía, y el fresco del amanecer, me produjeron impresión hondísima. Todo aquello que tanto me chocaba y tan de nuevas me cogía, tan distinto de lo que veo a diario, era allí constante, viejo, invariable...



Y allí, ante mí, tenía al poco rato, los adornos y perfiles platerescos de la pequeña catedral, con su gran ventanal barroco y sus bellos remiendos del renacimiento. Como el templo estaba cerrado todavía, cambié de rumbo y fuí a dar unos vistazos al Seminario y al Ayuntamiento, observando a mi paso la priesa y el afán con que despertaba al nuevo día y renovaba el movimiento y la vida la viejísima ciudad que debe lo que es a ser capital de una ínfima diócesis.

Se abrían perezosamente puertas, ventanas y balcones. Poco a poco iban surgiendo transeuntes. Y me pareció prudente volver al hotel y averiguar si mis dos compañeros habían *vuelto en sí*.

Como era en efecto. El Prior estaba aún entregado a sus ordinarias abluciones. El Sacristán intentaba desinflarse... y acabadas que fueron estas y otras ceremonias naturales, nos desayunamos y salimos a la calle, ya en plena animación y movimiento, para visitar la catedral y telegrafiar a nuestro banquero de Torrelavega, dándole cuenta del feliz y alegre principio del viaje.

El día, luminosísimo, se prometía espléndido.

Y como la jornada iba a ser larga, apresuramos los preparativos de la marcha y, a las nueve en punto, dejamos atrás Astorga, y empezamos a advertir el cambio que se iniciaba en el paisaje. Ya no corría el auto por la trágica llanura de Castilla, sin árboles, sin pájaros, sin césped, por la estepa inclemente y desolada cuya visión atormenta y provoca maldiciones. Ya no pasábamos por esos pueblos resecos enclavados en el polvo de llanuras áridas y que parecen más guaridas de reptiles que refugio de seres racionales.

Se deslizaba nuestro coche por una carretera regada

a menudo por el rocío bendito del cielo que pasa de largo por Castilla, vengando así su odio al árbol. La tierra era más roja y aparecía amorosamente cultivada. Los caseríos surgían de entre jugosas frondas de verdura. Y con este contento de los ojos y del alma, entramos en las eminencias que forman las derivaciones del puerto del Manzanal, que cruzado en tren espanta. Bajábamos casi constantemente por entre minas de carbón abandonadas, bordeando precipicios gigantes y dibujando incomprensibles y apretadas curvas. Fué aquel nuestro *debut* en la serie fatigosa de vueltas, revueltas, subidas y bajadas, que habían de constituir nuestro viaje casi por entero. Pero como fueron nuestros primeros volatines, nos entretuvieron. Descendimos, en fin, hasta la estación de Torre, cruzando la línea del ferrocarril, y atravesamos el bellísimo, el interesante, el para mi inolvidable pueblo de *Bembibre*. Sepan cuantos aficionados a la fotografía tengan el mal gusto de leerme, que en *Bembibre*, en los revoltijos de sus callejuelas y en las márgenes del arroyo que las baña, se pueden hacer por cada cien metros de terreno doscientas fotografías de las de bandera. ¡Manes de Daguerre!... ¡Qué casas, qué puentes, qué aleros, qué arbolado, qué rincones, qué líneas más accidentadas, inesperadas y extrañas, y qué color más fresco, más tierno y más jugoso!... Porque, para los pintores tampoco tiene aquello desperdicio. Una verdadera Jauja pictórica y fotográfica. Ni que decir tiene, por supuesto, que no nos detuvimos. ¿Para qué? Ciertamente que llevábamos tres o cuatro aparatos fotográficos, pero, ¿qué hubieran dicho el motor, el carburador, y las bujías o el embrague, y todos los demás chirimbolos del auto si llegamos a pararnos? La marcha de un auto es sagrada

y no puede ni debe interrumpirse por nada ni por nadie. Ni para comer. Así lo dice y lo practica el Sacristán. Lloré, pues, amargamente el paso estéril por *Bembibre*, derramando lágrimas más saladas que el hiposulfito, y, jurándome a mi mismo volver solo a aquel lugar sagrado del que nos separaba ya una legua, me entregué a las consolaciones piadoras del Prior que por alegrarme y distraerme. siempre generoso y bueno, me mostraba las amenas perspectivas de San Román y Almazara, antesala de Ponferrada, la famosa ciudad de los Templarios, circundada por el Boeza y por el Sil, que, como era de esperar, también atravesamos sin detenernos ni un segundo. Ni siquiera para preguntar por cual de los tres caminos que se nos ofrecían a los ojos debíamos seguir. Y es que ya sabeis, hermanos, que una de las virtudes anexas y consubstanciales a cuantos manejan el volante, es la de la *infallibilidad* de que se sienten investidos, y que les hace considerar como un deshonor, un baldón y una vergüenza el preguntar a nadie nada. La cuestión es no pararse y no perder minuto, aunque a veces se equivoque uno, y haya quien queriendo ir a Oviedo se encuentre de repente y a media noche en la Coruña. Estas filosofías, por supuesto, que yo escribo tan en serio, eran puestas en solfa por nuestro Prior que, como también sabeis, derrocha el buen humor a todas horas, y nos hacía desternillar de risa a cada paso y con cualquier motivo. Con él al lado no hay medio de enfadarse ni ponerse triste. Pero, riéndome y todo, no puedo olvidar un puente de madera en ruinas, que las Guías señalan como *peligroso*, y que además estaba precedido de varios avisos del *Automóvil Club*, recomendando se tomasen *precauciones* al cruzarlo, por estar para caerse de un

momento a otro, y que nosotros, con nuestras cuatro toneladas corridas de peso, pasamos sin disminuir ni la velocidad, como si al otro lado del puente nos esperaran con el gordo de Navidad o algo parecido. A mi juicio, esta mañana hemos vuelto a nacer cuantos ocupábamos el auto.

¿Por qué no pasamos primero nosotros a pie?...

Por fortuna, a los dicharachos jocosos del Prior se juntaba, para distraernos más, la proximidad de unas cumbres eminentes cuyas crestas se perdían entre nubes. Ibamos, por lo visto, camino de otro puerto. ¡El más horrendamente trágico que recuerda mi memoria!

Las cuencas de los ríos y las faldas de las montañas se combinaban formando lindísimos paisajes. Pasamos por Flores, hicimos alto, por milagro, en Puente Nuevo (lo preciso para ponernos en fila frente a unas tapias y permanecer callados, y desahogando... penas, dos minutos), atravesamos Barco de Valdeorras, y al salir de Freijido de Abajo, nos engolfamos resueltamente en el paraje angustioso a que ya me he referido. Yo no he visto en mi vida un camino más solitario, peligroso ni atrevido. Ante aquella larga sucesión de abismos y despeñaderos, de alturas inverosímiles y de hondonadas cuyo fin no abarcaban nuestros ojos y por entre los cuales serpentea la carretera describiendo garabatos, enmudecimos todos. Ibamos absortos, y no digo temerosos, porque no se enfaden mis superiores gerárquicos en el Sindicato. Pero, yo, a más de tedio y de tristeza, sentía inconfundible miedo. Tan pronto se despeñaba el automóvil por una pendiente que más que tal era un horrendo precipicio, como, segundos después, gateaba gallardamente por una cuesta que volvía a pasar por

encima del hoyo a que antes habíamos bajado. Y así, por espacio de una hora, sin encontrar ni un caserío, ni barracas de peones camineros, ni carros, ni caballerías. ¡Un verdadero desierto! Con el corazón, pues, encogido, y deseando salir de aquel berengenal, vimos de pronto algunas viñas, plantadas en los escalones y cornisas que forman los desmesurados montes. Nos anunciaban la vecindad de la Puebla de Trives, pueblo que está en la parte más alta de la meseta endiablada y antipática. Pero, antes de llegar a él, padecimos todavía largo rato las agonías y los sobresaltos de aquella sierra de maldición que si el Dante llega a conocer, incluye en su famoso *Infierno*, destinándola a lugar de tormento para periodistas.

Por Puebla de Trives pasamos como un rayo.

Un señor (¿sería el marqués?), que estaba tras un bardal construido con adobes y pizarras, nos amenazó mostrándonos los puños. ¿Recuerda el padre Prior?... Y en Castro-Caldelas hicimos nuevo alto, para echar agua al motor, reponer la provisión de gasolina, y cambiar impresiones respecto de lo distante y problemático que aun estaba nuestro almuerzo.

Todavía nos faltaban 50 kilómetros para llegar a Orense... Casi una hora... Pero, una hora con apetito, se convierte en siglos. Contábamos los metrajes de piedra con los dedos, y, en nuestra impaciencia, sospechábamos si Orense se habría desplazado y huiría cobardemente de nosotros.

Cada vez veíamos su silueta más lejana. Aun tuvimos que subir y que bajar y que dar muchas vueltas y revueltas. Hasta que, gracias sean dadas al Señor, entramos en Orense muy cerca de las tres. aunque para nuestros estómagos hubiesen dado ya las cuatro y media.

Una docena de automóviles de línea, dispuestos unos a partir y acabados otros de llegar, todos rebosantes de pasajeros y de carga, prestaba inusitada animación a la principal calle de Orense, en la que también estaba el hotel en que nos dispusimos a almorzar, en unión ya del cortejo y acompañamiento obligado de Galicia: de una legión de insoportables moscas. Nada que más patentice la pereza española que la convivencia resignada con el más peligroso de los animales. Huimos de un toro y nos dejamos picar de las moscas que son mucho más temibles. Somos, además, el único país del mundo que no persigue y aniquila al venenoso insecto.

Acompañados en la mesa, iba diciendo, de una nube de moscas pegajosas y tercas, repusimos nuestras fuerzas, y tanto para digerir bien el almuerzo como para conocer algo de la población, que a mí no me entusiasmó ni mucho menos, nos alargamos hasta la consabida oficina de Telégrafos, donde, como era de esperar, la fantasía del Prior brilló de nuevo, al redactar varios telegramas que se cursaron a Torrelavega, para que nuestro banquero no se olvidara de nosotros, y se convenciera de que nos íbamos aproximando.

Cumplida esta obligación, que durante el viaje, fué la que más nos entretuvo y divirtió, nos instalamos de nuevo en el auto, y nos lanzamos por el camino de Vigo, que es ya, sin atenuaciones y rodeos, la Galicia cuya hermosura no hay manera de ponderar debidamente. ¡Qué márgenes las del divino Miño!... Aquello es inenarrable... No es una bendición de Dios, sino el frenesí de toda una corte celestial echando bendiciones. ¡Qué belleza la del río. de tan suave curso, describiendo dulces curvas por entre la verde alfombra de los prados y las masas profundas de robustos árboles.

Conociendo como conoceis el *personal*, podreis suponer cómo íbamos respectivamente: el Sacristán mayor, sentado junto al hombre del volante, en el perpetuo y reconcentrado éxtasis del aficionado entusiasta del auto, que va pendiente de los golpes del motor, de la velocidad a que se marcha y de los kilómetros que se dejan atrás, así como de los caminos que se cruzan, de los enlaces de las carreteras y del estado del piso. El Prior, demostrando sin cesar que no es mudo, y contándonos noticias, datos y anécdotas respecto de todo lo divino, lo humano, lo político y lo cómico que tuviese alguna relación con los parajes que pasábamos. Y mi comodona y ventruda reverencia, oronda y despatarrada, hecha trizas, pero embriagada y absorta con las lindezas de los panoramas, que sin cesar, como los cuadros de una película de viajes, se iban ofreciendo a nuestra vista. Me parecía recorrer una interminable exposición de pinturas de paisaje.

En aquel trozo de camino, fué donde nuestro Superior, siempre fecundo en ocurrencias, inauguró la de despedirse de todos los labriegos, pastores, guardias civiles o caminantes con quienes, en nuestras obligadas paradas conversaba, con una fórmula que quedó de reglamento, haciendo *pendant* con los telegramas que se enviaban a Torrelavega. Acabado el palique con quien fuera, nuestro padre el Prior ofrecía ambas manos a sus interlocutores y, como la cosa más natural del mundo, les decía muy en serio:

—Adios, amigos. En Torrelavega me tienen a su disposición para todo cuanto gusten, Demetrio X... et. cétera, etc.

De esta hecha, pensaba yo para mi colete, escuchando tales despedidas y tan espléndidos ofrecimientos, se

va a hacer popular por aquí nuestro banquero. Y aun es posible que, andando el tiempo, y cuando menos lo espere, se le presenten gentes de Canedo o Barbantiño alegando las promesas, hechas una tarde camino de Pungín o de Mondáriz, y reclamándole dinero o cosas que lo valgan. Porque nuestro Prior dejaba a todos los transeuntes convidados.

Y a todo esto el auto portándose como quien es. ¡Qué modo de subir las cuestas! ¡Qué manera de llevarnos por el aire, sin darnos la sensación de que volábamos!

Cuando ya la altura del sol, la suntuosidad de las montañas y la frescura del ambiente, nos anunciaban que estábamos próximos a encontrarnos con el mar, nos separamos de la carretera que iba directa a Vigo y dimos un corto rodeo para pasar por Mondáriz, lo cual permitía a mi imaginación calenturienta echarse a volar, pensando en que, por aquellos umbríos castañares que nosotros cruzamos tan deprisa, pasea también *ella* todos los veranos, embalsamando el ambiente con su aliento y acariciando con sus plantas menudas y blancas de cordobesa preciosa, la verde ternura de los prados, que sin duda señalan con flores las huellas de su andar... Yo no la olvido nunca, creo que la recordaré aún después de muerto; pero, al ver el balneario de Mondáriz pensé todavía más en *ella*, y... el Prior, que me sorprendió sentimental y emocionado, me castigó con un pellizco que me hizo creer que el lucero de la tarde que brillaba en el cielo no era una estrella sino una constelación de mayores dimensiones que la Vía Láctea...

También me dijo nuestro padre que, el romanticismo no es propio de nuestra Orden. Conque, ya lo sabeis.

Y hablando en seguida de política, trayendo a colación hechos de Cánovas, Sagasta, Moret y Canalejas, estuvimos el trayecto hasta entrar en Redondela y pasar por debajo de los arcos de su puente del ferrocarril. Y, al poco rato, ¡el mar! ¡Con qué emoción lo vemos los que no lo vemos a menudo!... Lo abarcamos con los ojos muy abiertos, queremos decirle muchas cosas y acabamos por lo que concluyó Castelar cuando vió Venecia: por callarnos.

Diez minutos después, nos deteníamos ante el mejor, más lujoso y... más costoso de los hoteles de Vigo, en el cual nos aguardaban y nos tenían preparadas habitaciones verdaderamente regias. La que a mi me destinaron era digna de un Rajah. En ella estoy escribiendo estas Memorias.

¿Sabe alguien de nada más consolador ni más rico que el agua a todo pasto después de un largo viaje? ¡Qué baño el de Vigo!

Y refrescados y aseados, cambiando nuestras hopalandas empolvadas por trajes de etiqueta... relativa, y con buen apetito, nos sentamos a la mesa y saboreamos la primera de las *cuarenta y tres* langostas que íbamos a comer en pocos días.

A todo esto no os he dicho que hemos encontrado aquí a nuestro hermano Jacinto. Viene a Vigo para hacerse cargo de nueve nuevas máquinas de fotografía que le traen de Alemania, y que le hacían mucha falta porque no tiene más que trece... y no le gusta el número.

Tras del refrigerio, bajamos a pasear por el puerto, viendo la lonja del pescado y los trenes frigoríficos. Y ya íbamos a despedirnos de los amigos que nos acompañaban y a esconder el moño en nuestros cuartos,

cuando caímos en la cuenta de que olvidábamos algo.

¡Telegrafiar a Torrelavega!... ¡Pues no era nada lo del ojo! Enderezamos nuestros pasos a la oficina conocida, y allí, a las doce de la noche, y pagando tasa *urgente* para que los despachos llegaran a su destino a una hora cómoda (las tres o las cuatro de la madrugada), comunicamos a nuestro banquero que estábamos ya en la costa, que iba engrosando el grupo de sus huéspedes futuros, y que acelerase los preparativos para nuestra recepción y la de los muchos amigos y amigas que, de distintas partes de España y el Mediodía de Francia, habíamos de ir a reunirnos en su palacio de Torrelavega.

Esta correspondencia telegráfica no era ya de plomo, sino de litargirio...

Y con la satisfacción del deber cumplido, volvimos al hotel. Mis superiores gerárgicos duermen y... roncan.

Antes de imitarlos he pergeñado esta crónica.

Me caigo de sueño...

Hasta mañana, hermanos.

III

Vigo, domingo, 13 agosto.

Desde que esta mañana amanecemos, nuestra única preocupación ha sido el mar. Así nos sucede siempre a los que, viviendo tierra adentro, lo disfrutamos muy de tarde en tarde y, a pesar de no verlo, lo amamos entrañablemente. Bien es verdad que no sabemos de él más que su grandiosidad y su belleza soberanas, y

que no piensan lo mismo los que con él luchan a diario y son testigos, cuando no víctimas, de sus feroces, inconscientes y canallescas salvajadas. Porque una cosa es ver el mar desde la costa o desde el puerto, y otra el entregarse a él, exponiéndose a sus crímenes que, como sus arenas, son imposibles de contar.

Pero, en fin, refiriéndome sólo a la apariencia, diré que hoy, durante todo el día, el mar ha estado realmente encantador. Por la mañana era un segundo cielo. La ría, prodigio geográfico, sonreía y brillaba como si fuese de candente plata.

En sus aguas descansaban, inmóviles, varios grandes transatlánticos. Por cierto que la mayoría de ellos eran alemanes, y arbolaban la enseña del Imperio que quiso y no pudo, por ahora, salvar al mundo entero; eran de la nación *vencida*, arruinada y moribunda que aun, en el estertor de la agonía, inspira pánico terror a sus supuestos vencedores. Del país (*Soi-dissant*) victorioso, no había ningún barco.

El querido y venerable Prior hace en esto una visita a mi celda suntuosa. Viene a mostrarme la correspondencia, que es únicamente telegráfica por mor de la infame huelga de la chusma de Correos. Lo más interesante de ella es el despacho de nuestro cofrade el bizarro General Esbardallante que nos invita, desde Pontevedra, donde aguarda nuestro paso, a que vayamos hoy a una corrida de toros. Y como el Prior, además de nuestro Sindicato regenta y dirige otras Congregaciones, y entre ellas la de la plaza de Madrid, nos manifiesta que no puede faltar a la solemnidad pontevedresa, y que tendrá gusto en que le acompañemos. *Ipsa facto* aparecemos divididos. Nuestro hermano Jacinto quiere ir a la corrida. El sacristán mayor y yo,

que no sentimos debilidad ninguna por los cuernos, preferimos quedarnos en Vigo. Y al grito de *viva la libertad*, queda la Comunidad partida por gala en dos.

Todavía no nos habíamos repuesto del debate que entablamos, cuando viene a sorprendernos otra novedad. El hermano Eduardo, acaba de llegar. Ya somos cinco... Pero tampoco el recién venido es torero. Y el caso es que, a la hora de almorzar, lo hacemos solos el sacristán mayor y yo, picoteando en la segunda langosta de la serie.

Después de lo cual, los infráscritos no taurófilos, nos administramos una siesta de las de todo lujo, mientras nuestros alegres camaradas disfrutaban de las emociones Sánchez Megiescas y de las primicias del general pontevedrés. Y llega la tarde, y nos embarcamos y surcamos en todas direcciones la bahía, y desembarcados, después, recorremos el barrio de los pescadores, hasta dar con nuestros huesos, anochecido ya, en la simpática calle del Príncipe, o mejor dicho en sus bien surtidas confiterías, para hacer acopio de chocolates y de otras golosinas de las muy sabrosas que importan los barcos ingleses que tocan en Vigo.

Estábamos gustando unos helados, cuando vimos pasar *nuestro automóvil* de vacío. Era aquello signo de que, nuestros camaradas, habían regresado. Salimos a la calle y los encontramos. Instintivamente, sabiéndonos golosos, nos buscaban por donde abundan los dulces. Y de sopetón nos dieron las siguientes noticias:

Lo corrida resultó muy mala. El General Esbardallante les había esperado en el Hotel Méndez Núñez, defendiéndoles una mesa con el mismo tesón heroico con que hubiese defendido una posición o una trinchera. El almuerzo había sido, naturalmente, a base de

langosta. En la plaza habían presenciado varios incidentes, entre los cuales hubo de agradecerles mucho el susto que, a una señora muy guapa, dió un pulpo, aprovechándose de las apreturas, y de sus elásticos tentáculos...

Y riéndonos del caso regresamos al hotel, comimos otra vez langosta, fuimos después a telegrafiar a Torre-lavega, y nos acostamos... no sin que antes yo tomase estos apuntes:

IV

Vigo, lunes, 14 de agosto.

No ignorais, hermanos, que uno de los motivos de esta excursión deliciosa que estamos realizando, y de la que al menos yo he de conservar memoria perdurable, es el de despedir en este puerto al vicario general del Sindicato en Buenos Aires, que viene embarcado desde Hamburgo en el *Antonio Delfino*, y se vuelve a la República Argentina, después de haber dado vuelta a media Europa.

Hoy, por consiguiente, nos despertamos con la ansiedad de averiguar si habría llegado el barco que aguardábamos. Y a mi me duró poco la ignorancia, porque al abrir de mis tres balcones el que daba sobre el mar, vi fondeado en el centro de la parte de la bahía que abarcaba, al hermoso transatlántico, que tremolaba en sus mastiles la bandera gloriosa del Reich. Avisé a mis compañeros de la novedad, pero ya la conocían por el Hermano Jacinto, quien aquella mañana se había ido

al puerto a ver amanecer y, naturalmente, había visto también entrar y fondear el barco. En todos nuestros cuartos, pues, se tocó a botasillas, y, antes de las once, nos embarcábamos en la gasolinera que había de transportarnos al costado del buque, cuya grandiosa apariencia me sugestionó, a pesar de ser inferior, según dijeron, a otro vapor de la misma Compañía que se llama *Cap-Polonio*.

¿Os figurais a mi rechoncha humanidad haciendo equilibrios y títeres para saltar primero de la gasolinera a la escala y ascender después por ésta hasta alcanzar el boquete lateral que da acceso a una de las cubiertas? Porque el mar estaba algo picado y tanto las embarcaciones de pequeño porte, como la escala, bailaban y se columpiaban que era un gusto.

Desde que entramos en el barco y comenzamos su visita yo, sin poderlo remediar, me acordé de los buenos hoteles que conozco y que, comparados con el barco referido, son como humildes casas de huéspedes. Este trasatlántico alemán me ha parecido soberano, encantándome singularmente su limpieza y la magnificencia de sus camarotes de lujo y sus salones.

Tiene, además, detalles palaciegos que deslumbran. En una palabra: a trechos, el vapor recuerda algo la riqueza fastuosa del alcázar imperial de D. Luciano Herrero, de Torrelavega.

La reunión a bordo de tantos sindicados, origina una recepción a la que también asiste el marqués de Amposta, embajador de España en la Argentina. Se toma un refrigerio, salpicado de deliciosas golosinas, se bebe, se brinda, se habla y se ríe a todo pasto. Y de repente llega hasta nosotros el rumor de que, el peluquero del barco, lleva y vende chucherías alemanas con la natural

baratura que produce el cambio. La Orden, casi en masa, se traslada a la peluquería, y se arma el primer bochinche, disputándonos todos objetos y productos de tocador, vinos alemanes y argentinos, cigarrillos egipcios y rusos, metalistería berlinesa, naipes bávaros lavables, y por tanto eternos, y gran variedad de otras curiosas chucherías. El peluquero, que es de Postdam, pero que habla el español como si hubiera nacido en Aranjuez, amontona duros sobre duros... Salimos de la peluquería abarrotados. Permanecemos aún a bordo largo rato, se hacen los consabidos grupos fotográficos, y por fin, próximo el momento de zarpar el barco, cumplimos el objeto primordial de la excursión, despidiendo efusivamente a nuestro hermano y corresponsal en Buenos Aires, y emprendemos el retorno a tierra.

Apenas pisamos el muelle, toma el Prior la palabra y nos predica una vez más la buena nueva. Vamos a almorzar a usanza del país, en una tasca clásica denominada *El Cantábrico*. Y efectivamente, en el mal figón que así se llama, nos sirven el consabido pote gallego, la inevitable langosta, y toda una colección de platos a cual más picantes e indigestos. Aquello será muy castizo y muy *local*, pero para digerirse cuesta después un frasco de magnesia y varios dolores de barriga.

Tras del irritante y maléfico almuerzo, nos hemos ido *de compras*. La suposición de que hay aquí cosas que no tenemos en Madrid, porque los vapores ingleses y alemanes no fondean en el estanque del Retiro, nos hizo visitar varios comercios. Y cuantos me lean y conozcan *el personal* del Sindicato que hoy se ha reunido en Vigo (y claro está que me refiero únicamente a la familia del Prior), ya pueden suponer lo que ha ocu-

rrido en las tiendas en que caímos como aguacero bienhechor. Hortera ha habido que, creyendo soñar, se tentaba la ropa para persuadirse de que no estaba dormido. No abundan en Vigo (ni en ninguna parte, por supuesto), los parroquianos para los que, comprando, las unidades 1, 2 y 3, por ejemplo, se conviertan en docenas.

El contento de vernos feriadados, coincidió con iniciarse la dispersión. El hermano Eduardo se fué. Y nosotros, también, debíamos preparar nuestro equipaje. Pero quisimos aprovechar lo que aun nos restaba de tarde, y volvimos a embarcarnos, para profundizar en la bahía, hasta dar vuelta por el lazareto, mientras nuestro reverendo padre, como de costumbre, en sus viajes, iba por atún y a ver al duque, *utile et dulci*, y arreglaba asuntos del mayor interés para la Comunidad y beneficio de su reverencia.

Hemos comido esta noche la tercera langosta del día (porque hasta con el café matinal, y para que las mojáramos en él, nos sirvieron patas y antenas de langosta), y hemos, también, naturalmente, proseguido nuestra conversación telegráfica con el banquero de la Orden, previniéndole, por si acaso no se ha enterado todavía con los veinticinco despachos que ya le hemos remitido, de nuestro inminente arribo a sus dominios de Torrelavega.

Y al consignar la constancia en esta correspondencia eléctrica, digo lo mismo que de las compras de esta tarde. Los que conocen al Prior y saben la agudeza y el buen vino que derrocha en estas bromas, que son como la Liturgia especial de nuestra Orden, se imaginarán sin que yo tenga que especificarla, la serie inaudita de horrores y de atrocidades que, con asombro de todos

los telegrafistas del trayecto, se cursaban con la indicación precisa para que llegaran a Torrelavega coincidiendo con el canto de la alondra, que a tantos Romeos y Julietas ha separado en este mundo...

¡Lo que acabamos de reirnos en la central telefónica de este simpático Vigo!,... Si hubiéseis oído las carcajadas del hipocondriaco Sacristán mayor, y visto a vuestro camarero con síntomas de congestión.

La orden de plaza para mañana es terrible. Hay que levantarse a las cinco y media para partir, inexorablemente, en punto de las siete.

Y son cerca de las doce... Conque...

Adiós, hermanos.

V



La Coruña, Martes, 15 de agosto.

¡Otro día inenarrable!... Otro día movidísimo que perdurará en mi memoria mientras viva! ¡Qué jornada!... ¡Y qué emociones más fuertes y más variadas, sentidas de sol a sol, en los 162 kilómetros que hemos recorrido sentados en el auto!...

Cuando, esta madrugada, a la deshora que he dicho, nos reunimos a la puerta del hotel, para tomar *nuestro coche* (¡cómo me llena la boca el plural!...) parecíamos fantasmas con nuestros rostros lívidos y aún mortecinos de sueño... Había que ver, sobre todo, las caras de los que no tienen hábito de levantarse tan temprano!...

Nos despedimos de Vigo tierna y sentidamente. Como de un amigo al que se desea volver a estrechar entre los brazos. Porque nos ha encantado.

Pero no nos entristecimos con exceso, porque desde que el automóvil comenzó a correr con dirección a Pontevedra, tornamos a caer en el ensueño inefable que produce la contemplación del divino paisaje gallego. Ibamos bordeando la bahía, en competencia por cierto con un tren, y a cada instante nuestros ojos, asombrados y embriagados por tantísima lindeza, se abrían más desmesuradamente todavía para recrearse en rincones y detalles particularmente pintorescos y amenos del camino, que a cada minuto nos hacían lanzar exclamaciones de pasmo. ¡Qué locura de feracidad, de vegetación y de bellezas!... Qué convivencia tan armónica y tan seductora la de aquellas viviendas modestas, y los árboles que las abrigan y dan sombra mientras las acarician y visten de gala enredaderas y trepadoras con flores, y un césped eternamente verde se tiende a sus pies como aterciopelada alfombra...

Aquella ruta es un inacabable diorama que no se concibe más que viéndole. Yo iba tan pendiente del camino y de sus preciosidades, que algunas veces pequé de desatento no dedicando atención a lo que me decían. Que se perdonen mis descortesías en gracia de la *cogorza o castaña artística* que he padecido... y que no fué sino la primera del día, porque la segunda, en Santiago, fué una borrachera ya definitiva y completa. Pero no adelantemos los acontecimientos.

Digo que bordeamos la ría hasta pasar por su final, o por su comienzo, según se tome y considere, y que, dejando atrás al mar, nos engolfamos en el camino que conduce directamente a Pontevedra.

El sol nos seguía protegiendo y brillaba en el cielo rutilante sin que le importunase ni una nube. Nos cruzábamos con infinidad de viandantes y de puntas de

ganado que parecían ir o venir de alguna feria. Animación que desespera a los clásicos del auto, porque no les consiente correr. Y aprovechando que no fuesen los campos de uno y otro lado de la carretera tan sugestivos como los de Vigo, dimos también (me refiero al Prior y a mi persona), alguna que otra cabezada.

Al fin avistamos Pontevedra. Allí, en el hotel que lleva el nombre glorioso del héroe del Callao, nos aguardaban el general Esbardallante y el agradable desayuno que gentilmente nos había prevenido.

¡Qué deliciosos resultan los hoteles en que todo está pagado!... Y pensar que, menos para uno, son de este magnífico sistema todos en los que nos vamos deteniendol...

Nuestro bizarro hermano de Congregación, engrosó en su pueblo nuestro grupo, y, desde el primer momento, entabló encarnizada competencia con la verbosidad y locuacidad del Prior, porque, contra lo que creen en la Coruña, el general Esbardallante no es mudo.

Ibamos de prisa y, está vez, con razón justificada. Queríamos llegar a Compostela a la hora de la procesión, para oír las músicas antiguas con que el día de la Virgen (el en que estábamos), se la acompaña y, sobre todo, ver al renombrado *botafumeiro* en funciones. Y todos estos incentivos eran a las *nueve*... y eran ya las ocho y media... Por ello, de tiempo en tiempo, sacábamos ansiosos los relojes y consultábamos las guías, siguiendo los itinerarios paso a paso... y maldiciendo del mal estado de la carretera...

Estábamos de suerte, sin embargo, y gozamos la de entrar en la catedral compostelana precisamente en el instante en que la procesión se organizaba y salía de la sacristía para deslizarse por las naves augustas del

soberbio templo, y sonaban las chirimías y los pífanos, y un robusto pertiguero, cubierto de un ropón rojo, arreaba el puñetazo inicial al famoso incensario que, a poco y al impulso de nuevas sacudidas, se columpiaba, remontándose hasta las bóvedas, dejándolas envueltas en nubes de oloroso incienso.

No intentaré siquiera *descubrir* la imponente, majestuosa y centenaria y maravillosa catedral, joya estu- penda de la arquitectura románica más pura y exqui- sita, perfumada con el sahumero misterioso de los siglos y evocadora soñolienta de edades, glorias y cos- tumbres pretéritas... Pero sí diré que quien no haya visto *aquello*, que yo no puedo ver sin emocionarme y sin temblar, debe imponerse el sacrificio que sea por verlo. Todos nos hemos sentido esta mañana como cohibidos de idéntica fascinación. Aquel bosque de piedra tan bello y augusto de forma, conmueve y arre- bata. La fe de un hombre produjo en unos cuantos años el Escorial. La catedral de Santiago la produjo la fe de millones de hombres durante muchos siglos. ¿Cómo no estremecerse y sentir frío, por ejemplo, ante el pórtico llamado de la *Gloria*, que reproducido en su tamaño natural, es uno de los *objetos* o de las joyas que se exhiben en el Palacio de Cristal de Londres? Allí permanecemos mudos y cavizbajos mucho rato. ¡Cuántas cosas explican aquellos tres arcos cuajados de santos, Vírgenes, mártires, monjas y preladosl... Real- mente, las peregrinaciones que venían a Santiago de las regiones más apartadas del mundo, al pasar por debajo de este pórtico, debían venir cantando un coro de peregrinos como el de *Tanhauser*. ¡Tal música para tal arquitectural

Todo el deleite estético, no obstante, que nos causa-

ron la catedral y sus innumerables maravillas, nos lo mandaron a paseo y nos lo desvaneció el grotesco espectáculo de la renombrada procesión, que nos hizo el efecto de una risible mascarada. Es increíble que las autoridades eclesiásticas, poseídas de verdadera fe, consientan y no prohiban semejantes desmoralizadores simulacros. Todos los que figuraban en la procesión, desde los canónigos mitrados hasta los monaguillos, pasando por los cantores, sacristanes, pertigueros y maestros de ceremonias, lo hacían de evidente mala gana y con una dejadez y un cansancio que provocaba la burla. Todos llevaban los suntuosos ornamentos como los últimos comparsas de un teatro puedan llevar los trapos más sucios y grasientos de la guardarropía. El afán de acabar pronto era patente. La música antigua que, bien ejecutada, hubiese armonizado con la grandiosidad del recinto y la solemnidad del día, se convirtió, por obra y gracia de los fementidos músicos, en canturria ratonera. Sin proponérselo, recordábamos lo de *Roma veduta, fede perduta*. ¡Qué mal ejemplo para los fieles!... Ya dijo alguien que es asistiendo a los actos del culto como más se producen los ateos. Por mi parte me parece más devoto y edificante el guirigay de los *jaz band*.

Y, al iniciarse el desfile, el espectáculo fué más anti-religioso todavía. Dignidades, prebendados y acólitos, se daban codazos y empujones para llegar cuanto antes a la sacristía y desnudarse, como si los ornamentos y los hábitos talaes fuesen cilicios o estigmas de vilipendio. Uno de los empelucados perreros, me obsequió al pasar junto a mi como un cohete, con un golpe de cetro gótico en los pies que me hizo ver al apóstol en la batalla de Clavijo... ¡Qué bárbaro!... Y con qué grose-

ría iba mandando... *fuera, apartarse, dejar paso...*
¡A mi, que soy el camarlengo de una Orden mucho más importante que media docena de cabildos!... ¡Con qué gusto, de saber el nombre del salvaje, lo hubiese tachado, un mes, de la correspondiente nómina!

Cuando salimos de la iglesia mayor nos dedicamos a ver otras, empezando por la bonitísima de San Martín y continuando por la de San Francisco y los conventos, hospitales, seminarios, manicomios y establecimientos de distinta índole y destino, que hacen de Santiago un museo colosal y sin rival de arte. Y a todo esto, ¡qué calles! ¡qué plazas, qué fachadas, qué rincones, qué locura de ciudad!... Vimos hasta la iglesia curiosísima del Sar, cuyo claustro sepulcral, abandonado y profanado, está pidiendo a gritos la destitución del párroco, el procesamiento del arzobispo y el fusilamiento, en masa, de los académicos de la de San Fernando y los diputados a Cortes por Santiago.

Verdad es que, si nos pusiéramos a castigar crímenes de lesa arte, ¿qué pena imponer a los autores, coautores, cómplices, inductores y encubridores del delito horrendo de manchar, deshonorar y prostituir la suntuosa y *única* en el mundo, Plaza de Alfonso XII, con el ridículo pisapapeles que se levanta provisionalmente en su centro?... Y digo provisionalmente, porque, por fortuna, aquel baldón de ignominia no puede perdurar, y en cuanto pasen unos años y pasen a mejor vida cuantos ¡intervinieron en el tremendo desacato, las próximas generaciones santiaguesas restituirán a su condición primitiva de cascote el grotesco pisapapeles modelado por el genio insuperable de Benlliure. He dicho, y prosigo.

Comenzaban nuestros estómagos a insinuarse y, para

acallar sus exigencias, se nos dijo que íbamos a almorzar en el figón, renombradísimo en Galicia, que llaman del *Asesino*. El nombre del restaurant comenzó por escamarnos; pero, lo que acabó de prevenirnos en su contra, fué el efecto que nos hizo al pasar por delante de su puerta y echar una ojeada al interior. La fragua de Sparafucile era como el salón de baile de un palacio, al lado de nuestro futuro comedor. No recuerdo nada más repugnante ni asqueroso. Cuando salimos de allí, sintiendo náuseas, hubo quien se rebeló y propuso a la asamblea que comprásemos unas hogazas de pan y unos racimos de uvas para irnos a almorzar tan frugalmente a las afueras, a la sombra de un roble o de un castaño. La cocinera, alma, vida y dueña de la tienda, era un marimacho corpulento, bigotudo y desgredado, que, sudando a mares, escribía un grasiento espumador y parecía la bruja Marizápalos en su laboratorio de emplastos, melecinas y jaropes. Visión dantesca la de aquella vieja, que se erguía junto a las llamas del fogón, como conjurando a los espíritus del fuego!... Al abandonar el antro, tropezamos con la cabeza en estalactitas de sebo, de tocino y de embutidos, que pendían del techo, para regodeo de negras nubes de zumbantes moscas. Y manchados de grasa, apestados, y los ojos llorosos por el humo del aceite frito, nos refugiamos en los claustros de la Universidad, donde celebramos consejo de ministros. ¡De ningún modo almorzaríamos en casa del Asesino!...

Pero... nuestro *cicerone*, persona amable, a la que podría aplicarse el verso de Manuel del Palacio:

Hay nombres que retratan...

y que se llamaba Don Homobono, nos pronunció un discurso sobre el tema de que *nadie debe nunca fiarse*

de apariencias, y tanto insistió en que debíamos liarnos la manta a la cabeza y almorzar allí donde él lo tenía preparado, que decidimos resignarnos, y entramos en la taberna tenebrosa.

Nos sentamos alrededor de la mesa, y quedamos agradablemente sorprendidos. Todo allí relucía de nuevo y de limpio. Los manjares eran abundantes y sabrosos, divinamente bien condimentados. No hubo plato que no elogiáramos con entusiasmo, salvo, claro está, la maldecida langosta (nuestro Madgiar en el viaje...), y del que no repitiésemos regodeándonos de gusto. Y hasta el vino tuvo un éxito; un vino del país, más negro y más espeso que la tinta, pero delicioso al paladar y completamente bolchevique. A los postres hubo comensales que hablaban en verso y brindaban en latín... Pero, dicho sea en honor del Sindicato, ninguno de los nuestros (y se bebió de firme), perdió los estribos en la escaramuza.

El café lo tomamos en un ídem cercano y que estaba atestado de eclesiásticos. Al verlos, uno de los amigos que nos acompañaban, me dijo en tono confidencial y voz muy queda.

—Ahí tiene usted a los autores de todos los atentados contra la historia, el arte y el buen gusto que acaba usted de ver. Esos son los que profanan los monumentos, los que prostituyen y afean las fachadas, los que cometen el crimen de manchar cosas tan sublimes como la catedral con miradores del estilo que usted ha condenado.

Le paré los pies. Aunque no soy clerical, me parece una vulgaridad supina la manía de achacar siempre a *los curas* la mala conservación o la profanación de obras de arte. No niego que alguna vez sean los prela-

dos, los curas, los frailes y las monjas, los ignorantes que echen a perder bellezas monumentales como las que abundan en Santiago. Pero conviene ser justos y reconocer que hay también cada laico y cada castrense y cada civil, que dejan en mantillas a los más bárbaros entre los demolidores de sacristía. Además: se abomina (y con razón), de los curas que estropean, y nadie se acuerda de los curas (porque también lo fueron) que construyeron y costearon lo que nos da lástima que se estropee. ¿Quiénes hicieron los cuatro edificios soberanos que componen la plaza de Santiago?... *Los curas*, la gente de Iglesia, los fanáticos... si se quiere... ¿Eran *curas* los que luego han puesto en evidencia la efigie de un anciano respetable y gallego ilustre, echando a perder la plaza?...

Por último. ¿Qué tendríamos que enseñar a los extranjeros en España si no llega a ser por los *curas*?... Todas nuestras joyas artísticas son religiosas. Como que si no hubiera sido por los frailes, que nos dejaron sus conventos, no tendríamos ni cuarteles y nuestros soldados dormirían a la intemperie o en tiendas de campaña.

Perdón por la digresión, y prosigo. Lo mismo el Prior, que el sacristán mayor, que mi perpetuamente embarazada personalidad, nos hubiésemos quedado, y con gusto, en Santiago varios días. Aquello es para comérselo. Pero el plan trazado de antemano por nuestro querido padre, no podía interrumpirse ni alterarse, y cuando más locos nos sentíamos recorriendo las ruas de la sublime Compostela, recibimos la orden para que nos precipitáramos en el interior del auto, que iba a partir con rumbo a la Coruña.

● Durante estos trayectos por las entrañas de Galicia,

nos servía ya de guía y de piloto nuestro camarada el General, que conoce el terreno palmo a palmo, a pesar de lo cual alguna vez, como hoy ha sucedido, se suele equivocar de carretera.

La campiña porque hemos corrido esta tarde es menos bella que las anteriores, que nos embelesaron. Ya la quisiera Castilla, no obstante, para sus días de fiesta. La ilusión, además, de llegar pronto a la Coruña, que no conocíamos los más de entre nosotros, hizo que el camino nos pareciese también largo. Y se trata de 64 míseros kilómetros.

Los cuales salvamos en poco más de una hora, haciendo nuestra entrada triunfal en la patria auténtica y metrópoli de las langostas (Dios nos coja confesados...), al iniciarse la caída de la tarde, cuando el sol poniente, enrojecido, doraba los minaretes de los pabellones del paseo, y grupos de muchachas, prendidas con gracia primorosa, se encaminaban dicharacheras y alegres a lucir su garbo y escuchar la música.

Como es de ritual nos alojamos en el *Palace*. No hay otro hotel mejor en la Coruña. Y los cuartos que nos dan son los de mayor postín, riqueza... y precio.

Nos aseamos, deshacemos por cuarta o quinta vez el equipaje, nos vestimos y nos echamos a la calle, creyendo de buena fe que estamos en una segunda Barcelona, en algo que compite con San Sebastián y Santander y deja chiquito a Vigo... ¡Nos habían ponderado tanto la Coruña!... Yo, particularmente, he disfrutado durante veinte años la amistad de un inolvidable amigo que era un enamorado entusiasta de esta capital. ¡Cuántas veces me animó para que viniese a verla!... Y como teníamos una idea tan excelsa de ella, la primera

impresión que hemos recibido ha sido de frialdad y desencanto.

Cierto es que acabamos de llegar, que apenas si hemos visto más que el paseo, algunas calles y una plaza que se está terminando hace siglo y medio, y apenas está empezada... y que es posible que mañana, con la luz del día, nos haga todo otro efecto... Pero el caso es que, al irnos a acostar, sintiendo en nuestros estómagos el escarabajeo de la duodécima langosta, los que no somos de aquí hemos pensado: ¡Y esto es la Coruña!...

Voy a meditar sobre este punto, metiéndome en la cama...

¡Perdón, amigos gallegos!...

VI

Coruña, miércoles 16 agosto 1922.

Esta noche temo no dar pie con bola. Son las tantas y, mis queridos compañeros de viaje, acaban de dejarme solo después de agotar hasta lo último las incidencias de cierta broma de la que me hicieron víctima. Eso sí, tanto ellos como yo, nos hemos reído como locos, y tenemos motivo de juerga y de algazara para un año, Pero, por de pronto, estoy rendido y. ¿por qué no contarle también? preocupado. Yo no siento nada, ni me duele nada; pero mis amigos se han empeñado en que corro un ciertísimo peligro, me han comprado medicinas y aparatos ortopédicos, exigiéndome que me administre las primeras y me aplique los segundos... y pienso si tendrán razón y estaré realmente, y sin percartarme de ello, agonizando. De todas suertes, he de

agradecerles el interés que les inspira mi salud y el cariño con que todos a porfía procuran mi restablecimiento.

Hagamos, como cronistas de conciencia, historia sucinta del suceso.

Esta mañana fuimos a la playa y allí vimos... la mar y los peces y *pezas* que se bañaban en él, a más del concurso numeroso que a la hora de los baños pasea y da gusto a los ojos, aquí como en San Sebastián y en Santander. Disfrutamos, digo, del fresco delicioso y a mi juicio *único* (la temperatura de la Coruña es innarrable y explicable solamente por su situación topográfica de pequeña península estrechamente ceñida por el mar), y del encuentro de multitud de amigos que se quedaban boquiabiertos al vernos aparecer por estas tierras tan poco frecuentadas por el Sindicato. Gozamos, pues, lo nuestro, convidados y agasajados por unos, bien recibidos de otros, y llevados en triunfo por algunos que, como el hermano Pulga, se desvivían por atendernos obsequiosamente, y, a la hora del almuerzo (en el que ocioso es decir tuvimos que aguantar la consabida langosta), se convino en que, después de que cada quisque hiciera durante la siesta lo que más en gana le viniese, nos volveríamos a reunir para la merienda en un ventorro alegre y concurrido, que lleva el nombre del *Cacharro*. Y así lo hicimos, marchándonos el sacristán mayor y yo a embarcarnos con rumbo a un vivero de percebes, y quedándose el prior en el hotel, dedicado a sus piadosas devociones.

Llegó la hora concertada, y con ella la concentración del Sindicato alrededor de una de las mesas del señor Cacharro. Yo no comí ni bebí allí ni menos ni más que los demás cofrades. Quizá si por algo descollé fué

por circunspecto. A pesar de lo cual, y de encontrarme perfectamente bien, mis venerables camaradas se empeñaron luego en que se me había indigestado la merienda, en que mi cara revelaba sufrimiento, y en que debía curarme en salud, purgándome sin perder minuto. Yo me apretaba los hijares y me castigaba con golpes en el vientre, para averiguar y comprobar si me dolía algo; y aunque no sentía la menor molestia, tanto me dijeron que sentí aprensión y me di a pensar en si los grandes cólicos, en la Coruña, serían como las extracciones de muelas de los buenos dentistas, quiero decir sin sensación de dolor. Por ello consentí que me arroparan y me metieran con mil cuidados en un coche, encargando al cochero que nos llevara muy despacio y por calles escusadas, por si, a mitad de camino, tenía yo que hacer algo poco limpio... Para reanimarme sin duda, me contaban que con síntomas como los míos, empiezan en Galicia el tifus y la peste, pero que la mortandad de los atacados, no pasa del 99° en la Coruña. Y con esto, y exclamaciones de *pobre camarlengo*, y ofrecérseme a darme friegas todos, recomendándome también a un notario coruñés, especialista en testamentos, llegamos al hotel, donde no consintieron que probase ni bocado para evitar complicaciones. Esto último, no obstante, me vino de perilla, porque, con ello, me ahorré la langosta correspondiente a la comida de la noche.

La conversación no se apartó ni un ápice de mi dolencia. Cada uno me recomendaba sus recetas, conviniendo empero, en que lo esencial era que acometiese inmediatamente la medicación preventiva que lo grave del caso aconsejaba. Se discutió mucho si me dañaría o no el aire, y al fin prevaleció el parecer de los que

opinaban que, el sereno de la noche, me favorecería pero a base de que fuésemos en seguida a ver a un médico. Y efectivamente, cuando ahogados de risotadas y de chistes de todos los colores salimos a la calle, nos encaramos con el primer médico y farmacéutico que topamos al paso, y sin que valiesen de nada mis protestas, nos fuimos en parranda a su botica.

Que ya estaba cerrada; pero que el boticario, amabilísimo e interesándose por mi salud, abrió en un periquete, requiriendo *ipso-facto* retortas, morteros y alambiques, para prepararme por sí mismo y cuanto antes, los enjuagues que yo, quieras que no, había de ingerir. Me compusieron jarabes, polvos, pildoras y cataplasmas; me dieron dos aparatos hidráulicos, con sus correspondientes cargas, y me dictaron un plan curativo completo cuya base era el que no me moviese en cuarenta y ocho horas del *water-closet* del hotel. A mitad de explicaciones, entró en la tienda el hijo del bondadoso farmacéutico, que venía desolado por haber visto la botica iluminada y creído que se trataba de un incendio. En resolución: que aquella clandestina reunión a altas horas de la noche en la farmacia de la calle Real, de la Coruña, no se nos olvidará fácilmente a ninguno de nosotros. Ni el prior estuvo jamás más inspirado, ni el sacristán mayor dió nunca iguales pruebas de agudeza y alegría, ni el general Esbardallante desmintió hasta aquella noche y de un modo más rotundo, la calumniosa especie que le supone en la Coruña, privado del don de la palabra.

Pero... faltaba aún la última parte del festejo. Faltaba el rabo por desollar. Faltaba la encerrona de los cuatro en mi cuarto del hotel, para *operarme* en vida, administrándome *in continenti* todos los remedios ad-

quiridos, y allí fué Troya. Salieron a relucir las jeringas, los potingues, los emplastos y los desinfectantes, y mientras el prior se obstinaba en ponerme la primera ayuda y el general se remangaba los brazos, como si fuera a pegarme o abrirme cruelmente en canal, el sacristán mayor quería enseñarme el manejo de una sonda, diciéndome «con una mano agarra usted el frasco, con la otra se coge usted un pellizco en el estómago, con otra aprieta usted la lavativa, y con la otra...

Me volvían loco. Y yo me defendía como gato panza arriba, jurando y perjurando, primero, que seguía sin notar la menor molestia, y segundo, que en cuanto me dejaran solo, me metería en el cuerpo hasta los frascos de cristal que contenían aquella colección de maravillosos específicos.

Pero, todas mis protestas y reclamaciones, eran *vox clamantis in deserto*. El prior, sintiéndose sumo sacerdote, quería practicarme la circuncisión; el general pretendía *tatuarme* para ahuyentar, además de los microbios, los espíritus malignos; y el sacristán mayor ofrecía sus puños poderosos para sujetarme y actuar de camisa de fuerza...

Juré entonces, viéndome perdido, y por la esplendidez nunca desmentida de Demetrio, operarme yo a mi mismo, y haciendo buenas mis palabras, empuñé valerosamente uno de los bombines hidráulicos que nos dieron en la botica, previamente cargado de un veneno corrosivo que hacía un agujero allí donde caía. Mis compañeros seguían con ansiedad mis manipulaciones. Pero ¡oh, complicación!... ¡No funcionaba la jeringa! Mejor dicho, funcionaba mal, y al empujar el émbolo despedía el líquido medicinal por la culata, lanzándolo contra las narices de mis ayudantes... o verdugos! Tal

vez fué providencial, Porque el que más y el que menos cobró pánico a la lavativa y huían de ella como de una bomba.

Finalmente, llorando a moco tendido... pero de *risa*, retorciéndose mil veces más que yo, supuesto enfermo, y dictándome el plan terapéutico de la velada, hartos de soltar estrepitosas carcajadas, se despidieron de mi... hasta el valle de Josafát, y, marchándose a sus cuartos, me dejaron solo... y en medio de un verdadero arsenal de aparatos, gomas, frascos, cajas y paquetes.

Que ni que decir tiene no toqué, en cuanto mis amigos volvieron las espaldas.

Y ahora el lector que sea listo y conozca las prácticas del Sindicato, que traduzca al romance lo que queda dicho, adivinando entre, líneas y reconstituyendo el verdadero texto de este episodio tragicómico, el más regocijado de cuantos esmaltaron el viaje.

Buenas noches.

VII

Coruña, 17 agosto 1922.

Ha sido la de hoy una jornada algo sosa. De real y efectivo descanso. La más tranquila de toda la excursión. ¡Bendita sea la Coruña!

Claro es que nos han servido tres langostas más, y que hemos tenido que chupar algunas patas para no desairar al marisco local por excelencia. Pero lo demás del día ha resultado encantador.

A primera hora, recorrimos los monumentos arquitectónicos de la ciudad: un par de iglesias, un abside,

la tumba del general Moore y la torre famosa de Hércules; total, hora y cuarto de coche. Fuimos después a la playa y, amantes como somos de mamá Naturaleza, dimos también un paseo, entre acrobático y fotográfico, por los acantilados y escarpados de la preciosa costa.

En el almuerzo hubo sus incidentes *por mor* del querido general... Y acabó la tarde en un paseo por el mar, y una visita interesantísima a la pescadería o comienzo y fundamento de *las Coruñesas* de Madrid.

La comida, también muy movidita y jocosa, la gozamos en un figón clásico que se llama *Petit-Llardy*. En tiempos del querido Agustín, esta *enseña* hubiese sido un insulto y una profanación. En los actuales, aunque no se come bien en el *Petit* de la Coruña, se come cien veces mejor que en el de la Carrera.

Y tras de los consuetudinarios telegramas a Torre-lavega, en los que se comunicaba ya la supuesta enfermedad del camarlengo, para que nuestro huésped añadiese a sus preparativos gastronómicos, otros de índole médica y farmacéutica, nos recluimos en nuestras habitaciones, para disponer de nuevo el equipaje, porque mañana, a primera hora, queremos salir de aquí con dirección a Ortiguera de Asturias.

Y, mientras amanece, y no faltará mucho, hay que dormir.



VIII

Ortiguera, viernes, 18 agosto 1922.

¡Por fin estamos alojados en la más deliciosa, simpática y económica de todas las fondas del trayecto! No es este un hotel como el Ritz o como el Palace, sino una sencilla *quinta* de recreo, que ni siquiera tiene águilas en su entrada como las del Priorato de Villalba. Pero, en cambio, es la apoteosis de lo cómodo en la que se aprende a bien vivir, y donde se come como no tienen idea los proveedores de nuestra Comunidad, reverendos Conrado y Azcoága. Y eso que, este año, faltan de la quinta los que otros veranos la prestan más alegría y más ruidosa animación.

Digo, pues, que abandonamos la fresquísima Coruña cerca de las ocho, y que, infringiendo gravemente los cánones automovilistas, que prescriben el que la ida de un punto a otro se realice a estilo de cohete o de disparo de cañón, sin pararse jamás por nada ni por nadie en parte alguna, nos encaminamos al pintoresco pueblo de Betanzos, con el propósito de hacer alto y detenernos en la finca, famosa en los contornos, de los Señores de ...X.

He de advertir, a todo esto, que el fresco de la Coruña se acabó apenas perdimos de vista la cabeza del distrito del queridísimo amigo y cófrade Moral. Es, por lo visto, uno de los varios monopolios y favores que para su pueblo ha conseguido el insigne virrey de Carballo. Y, no bien nos alejamos de la costa y nos adentramos en busca de la ría, comenzamos a sudar.

A mi, a base de calor, no me divierte nada. El calor es para las moscas, los mosquitos, las avispas, los chin-

ches y las lagartijas, pero no para los hombres que se precian de seres racionales limpios y decentes. El calor es incompatible hasta con la dignidad humana, y la mancha más imperdonable de la creación... hermana gemela casi de la invención del *dolor*.

Pero, no filosofemos, y limitémonos a consignar que molestos por la temperatura que nos hacía traspigar como si anduviéramos en julio por Andalucía, llegamos a Betanzos, donde nuestro mal humor se trocó en alborozo y regocijo.

Es frecuente en Galicia y en Asturias, igual que en Santander, el caso del *indiano* enriquecido en América y que, vuelto al hogar patrio, se complace en poner de manifiesto su fortuna, adquiriendo una valiosa finca o construyéndose un palacio que, a menudo, revelan con fastuosidad el mal gusto de sus improvisados propietarios. Y a esta clase de sorpresas pertenece la posesión que guiaba hoy nuestra curiosidad. Pero todo hay que decirlo; la cúspide del género, es la finca de Betanzos. Aquello es el Vaticano de lo incongruente, inesperado y admirable; el Capitolio de lo inconcebible y de lo desconcertante; el Escorial del cemento armado.. porque todo es de cemento. Cuanto nos habían referido eran cuentos chinos al lado de la realidad. No hay quien describa tanta inventiva descabellada y al mismo tiempo original y graciosa.

Figuraos un Museo al aire libre y repartido en un jardín que es un vergel encantador, salpicado de sorpresas a cual más hilarantes. Imaginaos, por ejemplo, un frondoso anfiteatro, formado por olmos centenarios que sombrean un estanque en que flotan y florecen blanquísimos nenúfares y, alrededor del cual, se extiende una balaustrada que coronan las cabezas de todos

los Papas que ocuparon el solio de San Pedro, desde el Apóstol al Sumo Pontífice actual. Nadie sabe a cuento de qué viene aquella especie de catálogo instalado en un pueblo de Galicia, y rodeada de templetos con estatuas profanas, Venus, Apolos, Dianas y amorcillos que se agrupan con ondinas y nereidas para cobijar numerosos surtidores de agua, y tan pronto remojan a un Hércules como al busto de Alejandro VI. La perspectiva, en conjunto, y olvidándose de lo peregrino de la ocurrencia, es hasta bella, como es más que bella, bellísima, la inmensa fuente italiana que ocupa otra plazoleta contigua y que ya quisiera para sí el Retiro de Madrid. Pero lo bueno dura poco. A los pocos pasos comienzan ya los tropezones con caprichos y con alegorías de lo más inusitado y traído y colocado allí por los cabellos. Se entra ya francamente en el delirio.

Estamos ante otro estanque infinitamente más grande y monumental que el anterior y que bate el record de las mayores fantasías. Salvo lo de estar todo él construído de cemento y decorado por escultores indígenas, que sabían tanto de modelar como yo de virtudes teológicas, el resto no se concibe más que viéndolo. Es aquello un lío de minaretes, galerías, pabellones, puentes, arcos, torrecillas, murallas alicatadas con conchas, caracoles y adornos estrafalarios y todo género de combinaciones arquitectónicas, escultóricas y hasta explosivas, que pasma y petrifica a los espectadores. Allí se ven los atributos de la pesca, de la caza, de la aviación y de la artillería. Allí se admiran modelos de todo género de inventos, mezclados en confuso galimatías con la historia de le embarcación, desde los esquifes de los hombres primitivos hasta los modernos acorazados de

Inglaterra, pasando, naturalmente, por las galeras fenicias, cartaginesas y romanas, las piraguas indias y las canoas de regatas. Y todo ello hecho a placer y en completa libertad de concepción y ejecución, viéndose una góndola que es mayor que un torpedero y un trasatlántico menor que la gasolinera que lo remolca empujándole. Se levanta la vista, sin embargo y, cuanto está al nivel del agua queda en mantillas comparado con las decoraciones que *embellecen* los paredones gigantescos de la fantástica pagoda. Todo en tamaño disforme y ciclópeo, se encuentra allí el prendimiento de Jesús haciendo *pendant* con el fusilamiento de Torrijos, las pirámides de Egipto y el plano del Canal del Panamá, los escudos de todas las Repúblicas hispanoamericanas y el *Duelo interrumpido*, de Garello. Y con estas *concordancias* que no me atrevo a llamar vizcainas, alternan las cavernas de los hombres trogloditas, y grutas con estalactitas, que parecen columnillos de elefantes, y estalagmitas que semejan pilones de azúcar, y fuentes chinescas, y jardincillos japoneses, y el cuadro de las respectivas horas de todas las capitales del mundo, y gráficos explicativos de cómo se reúne el capital, y máximas morales, unas del Korán y otras de la Biblia, símbolos de la Caridad, la Libertad y el Teléfono, con tal variedad, abundancia y atrocidad de zarandajas de este jaez, que los visitantes no saben ya si reír o hacer pucheros,...

Después de subir y bajar por sombríos subterráneos, se surge luego a una vasta esplanada, dedicada a las fieras, y allí impera sobre todas las demás salvajes alimañas, la masa imponente de un monstruo que tiene algo de león, bastante de perro y no poco de gato, y que con las fauces desmesuradamente abiertas, amena-

za tragarse de una sola dentellada la finca entera, pontificado inclusive.

¿A qué prolongar la descripción de aquel abracadabrante emporio del más truculento capricho? Nos ocuparía infinidad de páginas, y está muy cara la imprenta.

Salimos de la suntuosa posesión como si nos hubiesen dado una paliza en el cerebro, aunque alabando nuestra determinación de visitarla, y reanudamos el viaje a través del incomparable, del hermoso de verdad, campo gallego ¡Qué país de ensueño, festín perpetuo de los ojos, sedante del espíritu, y sugeridor de irrealizables ilusiones!...

Algunas veces nos sentíamos como empalagados con tan inacabable sucesión de pomaradas y de castañares... de romance o de leyenda. Era como el hartazgo de las perdices del cuento.

Hemos visto, aunque lejanas, las montañas detrás de las cuales está el puerto del Ferrol; y la finca de San Saturnino... y tras de subir y bajar, y corretear muy cerca de la costa, divisando varios puertecillos a cual más pintorescos, caímos en Vivero a punto y hora en que comenzaba a diluviar.

El hotel *Venecia* fué nuestro refugio. Y en él, servidos por una fámula maravillosa que, a un tiempo, atendía, ella sola, a los cuarenta y tantos comensales que, en distintas mesas, y a diferente compás, almorzaban en el comedor, almorzamos opíparamente nosotros.

La tarde fué triste. Continuaba diluviando. Y a la melancolía del nublado, vino a sumarse la del camino que recorriamos, muy inferior en belleza al que habíamos dejado. Es esta una región que no me gusta nada. No es ni Galicia ni Asturias. Se reduce a ser la antesala o prólogo de Ribadeo, una de las po-

blaciones más insulsas, ingratas y feas que conozco. Antes de conocerla, creía que el aburrimiento era oriundo del ponderado y jaleado Montmartre de París (residencia habitual del tédio); pero, no: el aburrimiento debe ser natural de Ribadeo. Es un pueblo que fatiga y que deprime a los quince minutos de vivir en él.

Víctimas nosotros de este *caso étnico* en cuestión de poblaciones áridas y desabridas, entramos en la confitería de la *Bugalla*, donde hacen unas pastas... que no parecen de Ribadeo, y dónde, nuestro prior, por no perder la costumbre, arrampló con la mitad de la tienda, para que en un més, no careciésemos de postres.

Y después, sintiéndose argonauta, nuestro Padre, dispuso que, en lugar de escaparnos de Ribadeo por la carretera, nos fugáramos por mar, y a bordo de un velero que fletamos, para cruzar la bahía de Castropol y desembarcar en el puertecillo de Figueras... donde ya nos esperaba el automóvil, que había dado la vuelta de la bahía por tierra.

Eran tantas las ganas y la prisa que teníamos de llegar aquí, a esta quinta encantada y encantadora de Ortiguera, que no nos dimos cuenta de que el automóvil dejaba de ser un Delhaye para trocarse en un monoplano Havilland, que hizo todo el trayecto por los aires... ¡Qué manera de correr!... Yo eché de menos la chichonera que me han contado usaba de pequeño... Un terrón de azúcar que llevaba en el bolsillo se convirtió en grajea. Veníamos como codornices en jaula, dando con nuestras cabezas en el techo. El *chauffer* guiaba entusiasmado. Vimos, a paso de meteoro, o supusimos que pasábamos por Vía-Vélez y la Caridad, por Jario, por Cartavio y por Mohías, hasta que, vi-

rando en redondo, acometimos la pequeña carretera que directamente conduce a esta aldea.

He visto de nuevo el florido parque que tiene para mi tantos recuerdos. ¡Días felices del pasado año!.. Aquí bailé *la giraldilla* con las mismas mozas del pueblo que, en la Iglesia, cantaron la palinodia que compuse en honra de San Agustín.

Pero, ¡ay!... que al entrar en la casa eché de menos muchas cosas. Me pareció, como era efectivamente, un hogar deshabitado y frío. Carecían de adorno las estancias, estaban los búcaros sin flores, las mesas sin encajes, los reposteros del comedor sin dulces ni bombones. En una palabra, brillaban por su ausencia las manos primorosas de la mujer que todo lo cuida, adorna y embellece.

Había que resignarse, sin embargo, y nos resignamos, entregándonos a la ocupación de pasar revista a la jornada. Según los cálculos matemáticos de nuestro *técnico*, el ilustre general Esbardallante, habíamos invertido siete horas y media de automóvil en el trayecto de la Coruña a este diminuto puerto, recorriendo 269 kilómetros, y pasando por Betanzos, Júbia, Lucara, Vivero, Ribadeo, Figueras, Barrés y Jarrio. Lo bastante para que estuviésemos cansados.

Mas ¿quién habla de fatigas en el Sindicato? A pesar del cansancio y del fuerte vendaval, que hacía estremecerse y dar tremendas y estruendosas cabezadas a los eucaliptus del jardín, nos fuimos, mientras anochece, a recorrer los acantilados de la costa, los peñascales en que, andando el tiempo, construirá su finca de *Los Duendes* el sacristán mayor.

Ateridos de frío (en pleno mes de agosto), volvimos a la quinta y, para entrar en calor, nos entretuvimos

con las bolas del billar (no confundirlas con las bolas de Villar, que son cosa distinta) hasta que dieron las nueve y se convino en la procedencia de cenar.

Nos sentamos a la mesa sin ceremonias, cortesías, ni preparativos. La cuestión era alimentarse. No hicimos ni programa. El orden de los platos fué el siguiente: entremeses, melón, sardinas fritas, uvas Moscatel, ensalada de lechuga, jamón crudo, pollos asados y *caldo*. Tras de lo cual surgieron las golosinas compradas a la *Bugalla*, en Ribadeo, y todo en junto, resultó un banquete digno de Heliogábalo, con brindis de Francos Rodríguez. ¡Ahí es nada una cena, en Asturias, sin langosta... aunque con la amenaza de que habían regalado al prior *cuatro* hermosísimas, que nos tendríamos que comer en días sucesivos.

Durante la sobremesa nos sentimos algo sastres, y cortamos más de un traje... que no en vano sabemos que el vestir al desnudo es una obra de misericordia. Y considerando con esto, y lo otro, y lo de más allá, haber merecido el reposo, ocupamos nuestras respectivas celdas y nos metimos en la cama, no sin que antes (¿como no?) telegrafáramos a Torrelavega.

Porque, así como el viaje a Belén de los Reyes Magos, lo fué guiando una estrella, nuestra excursión la guía la obsesión encarnizada del queridísimo Demetrio.

Nunca nos agradecerá bastante esta manía afectuosa.

Orti guerra, sábado 19 agosto 1922.

El cielo amaneció sin una nube. Quiso, sin duda, que viésemos esta aldea de pescadores bañada por el sol. Y quiso también alumbrar con luz esplendorosa la decoración novelesca de las *Fréitas*, rincón astu-

riano castizo, residencia de un eclesiástico ejemplar y tan simpático (¡y ya es decir!) como su casa.

Y no obstante lo deleitoso y amable del paraje (que está pidiendo a gritos la pluma descriptiva de un *Peregrina* o un *Picón*), allí hemos estado hoy a punto de morir violentamente cuantos hemos almorzado. Porque hay muchos medios de matar al prójimo, y entre ellos, es uno de los más seguros el de hacerle ingerir, quieras o no quieras, diez o doce platos exquisitos y maravillosamente bien condimentados... pero completamente explosivos. A mitad del ágape era yo ya una bomba Orsini a punto de estallar. ¡Qué mescolanza de potes gallegos, fabadas asturianas, cocido castellano, langosta a la americana, cordero, jamón, pavo... y otras cosas tan *ligeritas* como las enumeradas! ¡Y qué estómagos los de algunos comensales, que comieron de todo! Dios les conserve la garganta, el recto y los jugos gástricos!...

Seis horas largas tardamos en hacer la digestión de aquél festín de *Lúculo*, y ello a costa y con la ayuda de aguas calientes, cucharadas de magnesia, inhalaciones de cigarros habanos y hasta friegas. Y no quiero mencionar otros *recursos* para aligerar de peso el vientre, por no manchar estas páginas, que yo quisiera no oliesen más que a algalia y a jazmín. Pero sí diré que a la vista de aquel, llamémosle como el anfitrión, *almuerzo*, me expliqué la costumbre asturiana de poner varios agujeros en el mismo tablón de los retretes. Los *water-closet* de matrimonio, o dobles, que tanto me habían admirado, no tenían ya misterios para mí. Es perfectamente natural y lógico ¡hasta necesario! que, donde tanto se come, abunden las instalaciones para descomer,...

Para desengrasar y digerir lo que habíamos comido nos marchamos a Navia, gozando del espectáculo de su hermosa ría, y ofreciendo después el homenaje de nuestros entusiasmos ante la estatua del inmortal poeta Campoamor, uno de los ídolos de mi juventud... a quien recuerdo fervorosamente. ¡El autor de las *Doloras* era de Navia!

Cuando por la noche, de regreso en la quinta, nos sentamos a cenar y vimos aparecer las consabidas langostas, las miramos con rencor... y dejamos que se las llevaran íntegras a la cocina. Pensábamos que el *atentado* de las *Fréilas* no era sino el acto primero de un drama gastronómico. El segundo será mañana en Vía-Véiz, y el tercero en la casa rectoral del virtuoso titular de esta parroquia. ¡Dios nos coja confesados!

Fin del día: los telegramas de reglamento, un frasco de sales de Eno por barba, y a dormir.

Ortiguera, domingo 20 agosto.

Esta quinta es la quinta esencia de lo confortable. ¡Qué desayuno el de esta mañana! ¡Con cuanto gusto vendría yo aquí para hacer penitencia de mis escasísimos pecados! Un chocolate, a la española, abundante, espeso y aromático... sacado a pulso de la amplia taza, con infinita variedad de bizcochos, pastas y galletas. Y luego un vaso de agua helada y transparente, endulzada con el clásico azucarillo tostado de los asturianos. Y a renglón seguido un Henry Clay de los de no te menees. Esto es desayunarse, y lo demás es cuento.

Lo único que nos amarga algo la existencia es el no recibir ni cartas ni periódicos de Madrid. Por lo cual, *a coro*, y con vocablos escogidos para el caso, menta-

mos las familias a los empleados de Correos. Yo, por mi parte, hago más. Voy a brindar los residuos estomacales de todas estas comilonas a los huelguistas. Así, aunque se enfaden los redactores de la Revista *Mundial*, que les aplauden, jalean y protegen.

Con el bienestar que produce el haber dormido bien y mucho y la satisfacción del sabroso desayuno, nos alistamos para ir a cumplir el precepto de asistir a misa. La oímos en lugar doblemente sagrado para todos, y en especial para nuestro superior. En el panteón familiar... Como dijo el prior: en su *postrer domicilio*.

Y cumplida esta obligación, nos pusimos de tiros largos para ir a almorzar al Palacio Real de la comarca, a *San Jorge*, villa principesca y suntuosa del hermano Eduardo, deudo de nuestro prior, y en ella que se cree estar, no en Asturias sino en Deauville, Ostende, Biarritz o San Sebastián. ¡Qué lujo, hermanos míos!

Resumiré con una sola frase lo bien que nos han tratado. ¡No nos han dado langosta!

Indemnizados que fueron los desperfectos causados en el mobiliario de la *villa* por nuestro general Esbardallante, que hoy estaba de malas, y convertía en vidrios rotos cuanto abarcaban sus gafas; regresamos a Ortiguera, y recibimos la orden de prevenir de nuevo nuestros equipajes. ¡Otra vez a llenar las maletas!

Y otra vez a redactar telegramas, porque ahora sí que va de veras que nos acercamos a Torrelavega.

Oviedo, lunes 21 de agosto de 1922.

Henos aquí, en pleno feudo del gran Don Fermín Cañellas. Esta es la antigua *Ovetum*, fundada por Don Fruela, la antigua Corte de Alfonso el Casto, la segun-

da patria de Gil Blas... y, hoy día una población muy provinciana, pero que progresa...

Esta mañana, por supuesto, disfrutamos todavía de Ortiguera y sus múltiples delicias, yendo, al medio día, a la casa rectoral, para que... nos apuntillasen los estómagos, agonizantes por los festines pasados, con un tercero y pantagruélico banquete, en el que, cómo era de esperar, sufrimos la aparición de la langosta número que sé yo cuantos. Pero, en cambio, el resto del almuerzo no fué propio de un rector sino de todo un señor arzobispo, de los que están indicados para cardenales. ¡Qué manera de obsequiarnos, y agasajarnos, y... cebarnos!

Saboreando el último sorbo de café y el aroma exquisito de los habanos, en que, como en tantas otras cosas, es pródigo el prior, nos encajonamos en el auto, pasamos de nuevo por Navia y, al llegar al precioso puerto de Luarca, pueblo simpático de veras, nos detuvimos cosa de dos horas... las mismas que yo, con escándalo de nuestros hermanos, invertí en dormir la más deliciosa de las siestas, sin moverme del coche, por supuesto, y aprovenchándome de que el prior hacía una visita. Terminada la cual emprendimos el camino de la capital de Asturias y no el de la costa que todos conocíamos, sino el que pasa por el Puerto de la Espina, ¡Cuán bello es esto! Cómo a medida que se sube, serpenteando paralelamente a las márgenes del río, y describiendo de nuevo vueltas y revueltas, se van complicando y engrandeciendo los paisajes. Es admirable la frondosidad del arbolado que cubre desde los pies de las montañas hasta sus más empinadas cumbres. Los caseríos, que destacan su discreta blancura sobre el verde esmeralda del inmenso bosque, parecen nidos de águilas colgados.

Y una nueva diversión nos entretiene. La de ir observando con un barómetro de alturas, las que alcanzamos, llevados en volandas por el auto. Por fin, tras de una hora muy larga de no dejar de subir, nos encontramos, de repente, en la meseta de la Espina que, según el barómetro, está a la respetable altura de ya no recuerdo cuantos metros sobre el nivel del mar que acabamos de dejar, o poco menos. El aire es glacial, pero purísimo. Vivifica y entona. El paisaje es monótono y sin atractivos. Hacemos una parada larguísima para automovilistas: tres minutos. Y llorando por esta desgracia, que nos condenará al infortunio horrible de llegar a Oviedo (donde nadie nos espera), con tres minutos de retraso, se reanuda la marcha, y, devorando kilómetros, avistamos la perspectiva encantadora de Salas, pasamos luego por Cornellana y por Grado y, cuando comienza a anochecer, vemos brillar las luces de la fábrica de Trubia.

Se habla de armas, de cañones, de aceros y de bronces, y pone cátedra el general Esbardallante. Y en el uso de la palabra, y cortándole el discurso, le sorprende nuestra entrada en Oviedo. El paseo rebosa animación. Y después de haber cruzado por soledades y desiertos, la aglomeración y el tumulto de la muchedumbre nos sorprende y nos contenta.

Procedemos a nuestra instalación en el hotel, donde da la *casualidad* de que, las mejores habitaciones, son las nuestras.

Continuamos sin recibir cartas ni periódicos por la maldecida huelga de Correos, a cuyos autores dedicamos unas cuantas *bendiciones*.

Antes de entrar en el comedor, nos pesamos, para pesarnos después de comer; lo cual me sugiere a mi la

idea de hacer, mañana por la mañana, una comprobación por el estilo, pesándome antes y después de la consuetudinaria *meditación* en un sitio que excusado es nombrar... para observar si el resultado, como parece lógico, es inverso.

Comemos. El pescado que figuraba en el *Menù* era merluza. Pero, en cuanto el *Maitre d'hotel* se entera de quién es el Prior, lo substituye *por langostall*...

Salimos a pasear, disfrutando de la benignidad de esta apacible y serena noche de verano.

Recorrimos de punta a punta la calle de Fruela, entramos en una librería, y compramos algo que leer.

Hacemos la acostumbrada visita a la central de Telégrafos, ya comprendereis, hermanos, con qué objeto... y nos recogemos temprano, porque mañana hay que madrugar. ¡Será el día solemne! Mañana dormiremos con Demetrio.. *Te Deum laudamus*... Estamos ya tan cerca de *El* que nos parece podemos alcanzarle con las manos, y aun que le hacemos cosquillas...

Torrelavega, martes 22 de agosto.

¡Estamos, gracias sean dadas al cielo, en la Roma, Meca, Partenón, Casa-Blanca, Elíseo, meta final y apoteosis de nuestro viaje! Somos huéspedes del gran Demetrio. Su palacio es nuestro albergue, y hemos ya partido con él el pan y la sal en su propia mesa. El regocijo nos rebosa... sudamos alegría... y nos hemos reído más, en unas cuantas horas, que en infinidad de meses.

No nos precipitemos, sin embargo.

Vamos por partes. Despacito y buena letra.

Momento llegará en que hablemos de Torrelavega

y del alcázar suntuoso donde somos huéspedes... molestos, pero pesados.

Y digamos, para desengrasar, que hoy también ha sido un día de los gordos, automovilistamente hablando. Hemos recorrido 225 kilómetros. Salimos de Oviedo antes de las ocho, y el volante del auto enderezó la proa de éste hacia Covadonga, haciéndonos pasar, por consiguiente, por Arriendas, Cangas de Onís y Soto. La campiña, feracísima y accidentada, nos deleita la vista. Además, nos demuestra la riqueza industrial de Asturias. Pasamos por algunos pueblos que son una divinidad. ¡En cuantos me hubiese yo parado un rato!... y hubiera transigido, para no perjudicar a nadie, concediendo que, en lugar de detenernos, hubiésemos ido por algunos sitios más despacio. ¡Magras! La aristocracia del volante no admite nada que no sea correr sin interrupción! Pero ¡qué lastima! Los espectáculos naturales porque hemos pasado esta mañana como meteoros, han sido para mí, enamorado apasionado del paisaje, algo tan desesperante como el tormento de Sísifo. ¡Qué aldeas, qué pueblos, qué boscajes, qué hondonadas y qué riscos! Y a todo esto, llevando como yo llevaba, una máquina fotográfica encima de las rodillas y preparada a todo evento. Y películas de sobra para retratarlo todo y formarme una colección de recuerdos de viaje nunca vista. ¡Bendito sea el Supremo Hacedor de tanta maravilla!

Ni siquiera el puente de Cangas, aunque tan conocido y tan lindo, consiguió que nos detuviéramos. Lo pasamos de largo, como si se hubiese tratado de un montón de grava. Y con la propia inflexible indiferencia, acometimos la ruta que conduce a la gruta en que Don Pelayo inició la Reconquista, y que es también un

camino bello y delicioso de verdad. Los taludes que se alzan a un lado y otro de la carretera, se muestran a cada momento más huraños y altaneros. Las frondas son más espesas y bravías. Se comprende que aquel paraje puedan hacerlo inasequible unos cuantos hombres valerosos.

Es como un laberinto gigantesco, serie de inconquistables reductos, refugio seguro de guerreros. Allí se explica la epopeya. Si no fué allí, allí pudo bien ser.

El camino se torna a cada paso más angosto y más penoso para el auto. De repente se nos atraviesa una carreta y nos obliga a detenernos. Protestas de todo el Sindicato, discusión con el boyero, reconocimiento general de la razón que asiste al pobre hombre... y otra vez en marcha, remontando ya la cuesta que lleva a la Basílica. La perspectiva es francamente grandiosa. Y cuando avistamos la gruta y corre el auto sobre la esplanada del hotel, oímos los ecos del órgano del Santuario, acompañando los cánticos y las plegarias de una peregrinación que acaba de llegar... y que se confunden con el estruendo del agua que se desprende de las entrañas del monte y forma la rugiente cascada.

La *mise en scene* es admirable. Me explico que los devotos, henchidos de fe, se extasién ante la augusta majestad del paraje. No hace falta ser fanático para gustar de aquel conjunto, en que, a la obra sublime de la naturaleza, se han añadido aportaciones de orden religioso... no siempre de buen gusto.

Sentimos tentaciones de continuar subiendo, y hacer una visita al lago Enól, que nos dicen es un verdadero asombro. Pero la prosa y el materialismo de nuestros estómagos pueden más que nuestra sed de poesía y nuestros afanes *touristas*, y nos dejamos de lagos, de

nieves perpetuas y de panoramas, para *alpinear* en una apetitosísima paella que, para colmo de felicidad, no es prólogo de ninguna nueva y aborrecible langosta.

El almuerzo, además, muy bien servido en el magnífico hotel que ha substituido a la antigua hospedería de los frailes, resulta animadísimo por el número y la calidad de las hermosuras que almuerzan también en otras mesas. Todo allí fué regalo esta mañana: el ambiente purísimo, el fresco delicioso, el entoldado clarísimo del cielo, la selección de platos y manjares, las *vistas* de que disfrutábamos ..

Era tal el éxtasis en que hacíamos por la vida, tal nuestro ensimismamiento comiendo y mirando en nuestro derredor que, el sacristán mayor, en su arrobo, fué elegido por el cielo para gozar de una aparición sobrenatural. Ya sabéis la devoción especial que este querido hermano nuestro tiene por todas las santas y santitas de la corte celestial. Pues bien: esta mañana, a mitad de paella, entornó los ojos, cruzó las manos y juró y perjuró que veía a Santa Margarita. Nunca con más verdad podré decir que vi visiones. Porque, habeis de saber, que yo, igualmente, fuí de los privilegiados. Yo también vi a Santa Margarita, y no por cierto ciñendo blanca túnica, la cabellera deshaciéndose sobre los hombros y los pies descalzos, que es el *deshabillé* que dicen suelen usar las bienaventuradas para andar por encima de las nubes a diario, sino con el precioso pelo castaño ondulado, la cara resplandeciente de hermosura, los ojos completamente mundanales, el cuerpo encajado en un traje de franela blanca hechura sastre, y medias y zapatos blancos, las primeras de seda transparentes, y los segundos, de finísima gamuza. Para mayor aberración, Santa Margarita almorzaba,

conversando jocosamente con un joven que no tenía nada de elegido ni de martir, y más bien parecía un socio de la Peña.

Total: que, gracias a la aparición, se nos atragantaron los postres, y salimos del comedor, cada vez más devotos de Santa Margarita, pero envidiando a su dichoso compañero.

Para consolarnos de nuestra desilusión, hicimos nuevo gasto a la fábrica alemana que provee a Covadonga de recuerdos piadosos, y que es la misma que hace las medallitas de Santiago y las de Monserrat y las del Pilar, etc. Y subiendo en el auto, que nos aguardaba trepidando, comenzamos a bajar la cuesta. En el primer recodo vimos todavía a Santa Margarita... Sentada a la puerta del hotel, se probaba unas alpargatas. Se conoce que tenía el propósito de andar mucho y con comodidad... y no sabía que nosotros, el sacristán mayor y yo principalmente, la hubiésemos llevado en brazos a donde hubiera querido.

Descendíamos la pendiente tan de prisa, que a mi me hacía el efecto de que nos despeñábamos. Y de voltereta en voltereta llegamos al valle y cruzamos el pueblecito *divino* de Cores, digna pareja de Bembibre, ¡Qué locura de aldea! Por pasarla alguna vez a pie y con máquina fotográfica en la mano, doy de regalo a Santa Margarita y a su acompañante por añadidura.

Al perder de vista el edén fotográfico de Cores, comenzamos a vislumbrar las estribaciones y las eminencias de los gigantescos Picos de Europa. El nublado se iba convirtiendo en cerrazón, dando a nuestro itinerario un aspecto temeroso y dramático. A cada instante divisábamos nuevos inmensos montes que formaban cordillera. Y a medida que subíamos, la grandeza de

los Picos nos parecía más enorme. Anonada y entusiasmo a un mismo tiempo esta parte del trayecto que nos habíamos trazado. ¡Qué tal será el paisaje cuando, por unanimidad, se decidió *parar el coche* y que nos aprearámos para contemplar las espantosas vertientes y los tajos que hienden aquellos titanes de piedra, con las cabezas escondidas en negros nubarrones, y las faldas azotadas por el torrente que serpentea rabioso en el fondo del abismo.

Sobrecogidos por el espectáculo, no sólo permanecemos largo rato contemplándolo, sino que decidimos continuar a pie por un buen trecho... para no dejar de admirar con algún despacio aquel maravilloso anfiteatro de picos y de cumbres que aterra y entusiasma. Involuntariamente tarareamos la cabalgata de las Valquirias.

¡Como siempre que se experimenta una impresión intensamente fuerte, sea una tempestad en el mar, sea la catedral de Santiago, creimos oír música de Wagner!

Y mudos de emoción reanudamos el descenso, hasta que nuevas esplendideces del paisaje, estando ya al nivel del río, nos obligaron a echar pie a tierra por segunda vez. Yo temblaba de contento. Era para enloquecer aquella cañada oscura y misteriosa, por cuyo lecho brincan y se atropellan las espumas hirvientes del río. En algunos remansos, no obstante, el agua era tan diáfana y estaba tan serena, que parecía clarísimo cristal.

Nuestro amado prior, siempre original, esmaltó aquellos minutos de intensa devoción artística, celebrando una *interview* con un pastor de cabras que resultó, como los del *Quijote*, filósofo y casi sabio. Yo no tuve la fortuna de oír la conversación: no asistí más

que al final, cuando el prior, al despedirse del pastor, le daba la mano y le ofrecía su casa de Torrelavega, diciéndole:—Demetrio... etc.

A poco de salir del laberinto montañoso que constituyen las ramificaciones de los Picos, advertimos cuan insensiblemente se transformaba el aspecto del paisaje, trocándose de la grandiosidad áspera de Asturias en la dulzura de la *montaña* santanderina. No cabe duda de que son dos regiones diferentes, aunque antiguamente fuesen una sola provincia. Su único denominador común es el mar que baña sus costas. En todo lo demás difieren, aún más que Asturias de Galicia.

Y cuando estábamos ya en pleno Santander, y rodábamos por entre los prados, siempre verdes y blandos, de su inefable campiña, nos vino sin querer a la imaginación el nombre augusto de Pereda, el gran pintor de las casonas y de las portaladas, de los robledales y bosques de castaños de sus inmortales cuentos. Justamente entonces pasábamos por una aldea de importancia, y a un lado del camino vimos frente a frente dos construcciones que, cada una en un sentido, nos llamaron la atención. Era, la más grande, un caserón destartado, todo de piedra amarilleada por los años, con su amplia solana al mediodía pero amenazando ruina, su corraliza rodeada de altas tapias, y un portalón enorme, sobre el que aparecía un complicado blasón heráldico, coronado de un casco empenachado de plumas. La vivienda, sin duda, de un hidalgo empobrecido. La otra casa, más chica, a cambio de su menor tamaño, relucía y chocaba por lujosa y nueva. Carecía de todo carácter montañés y recordaba las *villas* francesas y británicas. Debía ser la dorada mansión de un *indiano* enriquecido.

¿Sería allí, pensamos, donde el gran novelista se inspiró para componer su drama *Blasones y talegas*?

Pero, cuando después de reflexionar unos segundos, íbamos a respondernos a nosotros mismos, estábamos a seis o siete kilómetros de las dos casas y avistábamos la costa. Minutos después, atravesábamos los puentes del preciosísimo San Vicente de la Barquera, sin detenernos siquiera para contemplar a nuestro sabor la cara de cierta criatura que se cruzó con nosotros y que dejó en mantillas la aparición en Covadonga de Santa Margarita,...

Pero, ¿qué pasa en el cielo, que se caen los ángeles?

Tampoco pudimos contestar a esta interrogación. Íbamos a paso de carga por bajo los boscajes de Comillas, y apenas si nos fijamos en el magnífico palacio del dueño de la *Transalántica*, visitado, hace pocos días, por el Presidente de la Argentina, Alvear.

Dicho sea en honor de la verdad, íbamos ausentes de nosotros mismos. Nos dominaba la emoción de considerar que, antes de media hora, estaríamos en Torrelavega, y quizá entre los brazos vigorosos de nuestro banquero. A mi me parecía que escuchaba ya el ronco estruendo de sus tacos y cebollas.

Cruzamos, en esta situación de espíritu, por Santillana, *flectamus genua*, y como si pasáramos por la Ciudad Lineal de los Soria. ¡Qué pecado! Merecemos que nos canten flamenco los tuertos y los jorobados que acompañan a las gitanas viejas y sucias de los *Burgaleses*, es decir, más que presidio,...

Mas no hay tiempo ni para llorar el no haber visto, una vez más, a la divina Santillana, con sus calles *únicas*, con su incomparable Colegiata. Estamos en el centro de las minas de hierro de toda la provincia; pa-

samos por entre fábricas y chimeneas... y entramos en la población que es residencia ancestral del opulento camarada a cuya casa vamos.

El auto se detiene en la plaza que lleva el nombre de nuestro amigo predilecto. Allí, ante nosotros, se levanta su palacio. Un palacio mayor que el de Linares, de Madrid, y como él todo de piedra, desde la torre del homenaje o del reloj, hasta sus cimientos. El aspecto de este alcázar es más de casa consistorial de capital importante de provincia que de domicilio particular, siquiera sea el de un ciudadano que tiene más onzas de oro que interjecciones y vocablos exclusivamente suyos.

Nuestro banquero no nos esperaba. Se había ido de paseo, dejando, empero, a sus criados la orden de que nos atendiesen y obsequiasen si llegáramos.

Entramos en la regia mansión sobrecogidos por la grandeza y la riqueza de lo que veíamos. Y, aprovechándonos de la ausencia de su dueño, se lo registramos todo.

El *hall* o recibimiento nos anonadó por su tamaño. Allí se pueden celebrar torneos. Pasamos a la biblioteca, y nuevo asombro. Es un paraninfo. Millares de volúmenes lujosamente encuadernados, se alínean en sus estantes de caoba. Abrimos al azar un armario, y sorprendemos la sección bibliográfica más práctica de la librería: dos centenares de botellas, entre las que se ven los más caros y más venenosos champagnes, los vinos más generosos y nombrados, y todos los licores habidos y por haber, desde el Pipermint al Mono. Nos acordamos de las Heras, y decidimos proponérselo a nuestro banquero para *sommelier* de aquella *cave* tan bien provista como la del Ritz. En cambio me mandan cerrar

los ojos a mi porque, entre las botellas, se ven también cajas de galletas, bombones, y chocolates.

Aquí se comprende el estudio, dice uno. Y todos asentimos. Pero ¿qué vemos? Sobre los sofás, sobre las butacas y las sillas, se ven fajos y paquetes de papeles azules y amarillos. ¡Son nuestros telegramas! ¡Cariñoso amigo! Cómo se conoce lo que se ha divertido con ellos! En los rincones; luego, bajo las mesas, en los alféizares de las ventanas y ocupando muchos metros de pared, descubrimos millones de marcos. ¡Qué capricho! De los altos muros penden también algunos cuadros. Todos son retratos al óleo del banquero. En uno está de *Lohengrin*, en otro de *Trovador* y en, los restantes, de *Amonasro*, *Nelusko* y *Poliuto*.

Al pie de ellos se ven fotografías de Verdi, Gounod, Arrigo Boito y Puccini, todas dedicadas al artista eximio de la música.

En una esquina, se ve una panoplia con floretes, espadas francesas, sables y navajas de Albacete, recuerdos del gran tirador...

Por el suelo brillan algunas monedas de cinco pesetas, que hubiésemos recogido, aunque no hubiera sido más que por limpieza, a no ser por el descubrimiento desconcertante del Prior. Encima del escritorio, abierto de par en par, a disposición de los amigos, estaba el libro de cheques de una cuenta corriente del Banco Español del Río de la Plata, con varios talones firmados en blanco, en espera solo de la cantidad y de la fecha.

¡Esto no se ve ni en casa de Rostchild!. ¡Y este es el banquero que gasta nuestro Sindicato!

Respetamos el talonario (por mi parte contra toda

mi voluntad), y pasamos a las galerías. Allí se admiran numerosas interesantísimas fotografías de las fincas propiedad del dueño de la casa, incluyendo entre ellas los mausoleos que, para elegir, tiene en diversos cementerios. Tiene panteón civil, católico, protestante, mahometano y judío. Por falta de sepulcros, pues, no se quedará sin enterrar ninguno de los suyos.

Ascendemos por la magnífica escalera, y nos hallamos con un salón de baile tan grande como el del Conservatorio de Madrid, con sus arañas de centenares de luces, sus palcos, etc..., pero sin muebles. Este detalle nos parece mal, y, ni tardos ni perezosos, nos aprestamos a corregirlo, mudando al salón de baile todos los muebles, piano inclusive, del salón contiguo. Y cuando todo estaba colocado y el prior y el general Esbardallante bailaban el vals de *Ta bouche*, que yo tocaba al piano, se abre una de las puertas... y aparece en ellas nuestro queridísimo amigo y compañero de Congregación. Tira al suelo los billetes de mil pesetas que traía entre las manos para entretenerse con ellos haciendo pajaritas, suelta unos cuantos verbos y vocablos de los más escogidos de su repertorio y se arroja, sonriente, en nuestros brazos.

El encuentro es memorable. Valió por todo el viaje! Damos rienda suelta a nuestros respectivos alborozos, y el espléndido banquero nos reparte las habitaciones de su regia residencia. El alojamiento de todos es digno del alojador. No cabe más abundante cortesía.

En mi cuarto no falta de nada. Lo único que echo de menos es una bicicleta para poder trasladarme con rapidez de extremo a extremo de la habitación, pues

es tan grande que, de mi cama a la del sacristán mayor, hay más de 37 metros.

Nos lavamos y ponemos de limpio, y bajamos inmediatamente al comedor. ¡En sus alacenas, reposteros y aparadores, hay más plata que en el escaparate de Espuñes! ¡Vaya rumbo!

Nos sentamos a la mesa, presididos por nuestro banquero, que gravemente ocupa su sitio, y empieza la comida, una comida exquisita y que nos supo a gloria pura. Saboreándola, comprendimos el desdén con que el banquero dijo en algunos banquetes del Ritz *¡ta day probeza!* Por no profanar la solemnidad del banquete, no llamamos a la cocinera para ova-cionarla...

Y os hago gracia, hermanos (en el sentido de que os ahorro descripciones), de lo que se habló, se dijo, y se rió en la mesa y de sobremesa. Sabéis la debilidad que por el banquero siente nuestro prior, y a ¿qué contaros nada?

Se brindó con los *toast* de reglamento *por nuestras banderas...* etc., y acordamos salir para dar un paseo y refrescar nuestras cabezas, algo acaloradas con las *obras* de la biblioteca... *Chateau margaux, Veuve Clicquot*, etc. etc.

Había música y baile en la plaza, y a ella fuimos. ¡Nuevo y más definitivo tropezón del sacristán mayor, con una rubia capaz de sacar de quicio a Maura! Atraco en toda regla, y *veni, vidi vice*. A los diez minutos éramos todos amigos de la rubia y quedábamos citados con ella para cuando volviera a Madrid... porque es de Madrid, y no os digo donde vive porque *se ha mudado...*

Tras del afortunado incidente, recorrimos algunas

calles de la población, y rendidos de las mil emociones del día, volvimos grupas en dirección de nuestro Quirinal (no digo Vaticano, para no ofender los oídos laicos del banquero)... y nos acostamos, no sin antes ver cómo funcionaban, para abrirse y cerrarse, varias cajas de caudales, abarrotadas de Antofagastas, nitratos de Chile, acciones del Metro, Obligaciones del Tesoro, y varios fajos de cupones vencidos y todavía sin cobrar... a más de algunos cestillos de paja con peluconas, centenes, dollars y duros en gran cantidad.

La verdad: cuando ahora, al destapar la cama, he visto que las sábanas son de rico hilo y no de títulos de la Deuda... he murmurado ¡ah!... con extrañeza.

¡Esto es el palacio de Aladino!...

Torrelavega, 23 de agosto.

Cuando esta mañana despertamos, lo hicimos obedeciendo el toque de diana que entonaron varios canarios fiautas, estratégicamente colocados a la puerta de nuestras alcobas. ¡Era una nueva delicadeza del dueño de la casa! Los trinos de los pajaritos nos obligaron a mirar los relojes, y nos enteraron de que iban a dar las diez. Habíamos dormido, pues, como magistrados que presiden la substanciación de una causa... o como canónigos en coro... o como espectadores del Teatro Español.

Nos tiramos de las camas, mullidas, olorosas, cubiertas de ricas colechas de brochado damasco, y pisamos los alfombrines formados por carísimas pieles de chinchilla y armiño. Mas no acababa en esto el despilfarro. Todas las mesas de noche del mundo suelen contener un recipiente de porcelana con asa...

En nuestras alcobas, cada huesped podía disponer de tres, y los tres tenían medio litro de agua de Colonia.

Pedimos agua caliente para el afeitado, y nos la trajeron del Jordán en grandes jarros de plata incrustados de oro y acompañándola de una docena de pastillas de jabón por barba. Las servilletas de los gabinetes de necesidad eran de papel de seda Liberty, color de rosa pálido... Y los aparatos hidráulicos de los mismos no producían, al funcionar, el ruido bronco que tanto molesta en los vulgares, sino que, al tirar de la cadena, dejaban oír los alegres sonos de la «Madelón» y de «La Marsellesa». El empapelado era también muy curioso: todo él de billetes de diez mil marcos.

En una palabra: *se mascaba* la opulencia.

Ya vestidos con lo mejor que teníamos, para ponernos a tono con el alojamiento, bajamos a desayunarnos, y nos quedamos bizcos viendo lo que se extendía encima de la mesa. Sobre bandejas de cristal labrado de Bohemia, que pisaban encajes de Malinas y Bruselas, aparecían bizcochos, galletas, polvorones, buñuelos, azucarillos, pastas y pasteles... para mojar en chocolate, te, café, leche, manzanilla y mate. Había también fuentes con lonjas de jamón crudo y cocido, huevos hilados y fiambres. Dos pebeteros de oro macizo ofrecían a los fumadores fuego. Y en cestillos de filigrana, nos desafiaban riquísimos habanos de a seis pesetas pieza, y cigarrillos egipcios, de los caros.

No sabíamos por donde empezar ni cómo concluir. Y lo colmaba todo el amable dueño de la casa, haciéndonos obsequioso los honores de su cartera de bolsillo, preñada de veinte meses con pápiros de a mil pesetas.

Deslumbrados por aquella espléndida suntuosidad

que a los menores detalles se extendía, planteamos el problema de lo que habíamos de hacer durante la jornada. Y, tras de ligera discusión, llegamos a un acuerdo.

Estar a veinte kilómetros de Santander y no hacer una visita a la perla del Cantábrico, nos pareció irreverente. Santander tiene la simpatía por arrobas y además es mucho más fresco que San Sebastián. Suponíamos, por último, que habíamos de encontrar en el Sardinero a muchas de nuestras amistades, y como todas estas aspiraciones podíamos satisfacerlas sin gastar un cuarto, por ir acompañados de nuestro banquero, cuyo lema, como sabéis, es *todo pagado para los amigos*, expusimos a nuestro generoso huésped el propósito de ir a almorzar y a pasar la tarde en Santander, y, a los diez minutos, teníamos a la puerta del palacio y esperándonos, un poderoso Ford de 7 HP. y ocho asientos, en el que nos acomodamos para recorrer los 26 kilómetros que separan a Torrelavega de la orilla del mar. No lo hicimos, sin embargo, sin que nuestro Padre, previamente, nos proveyera de unas boínas tolosanas, para que, en la playa, nos creyeran *touristas* donostiarras.

El buen tiempo nos continuaba acompañando. El día fué hermosísimo. El sol brillaba en el cielo como una moneda más de oro de las muchas que habíamos visto relucir en el alcázar del banquero. ¿Será también el sol propiedad suya?

Nuestro viaje fué un éxito. En el Sardinero, especialmente, a poco más nos dan vivas. Y ¿qué decir del almuerzo con que restauramos nuestras fuerzas? Y qué contar, también, de nuestro paseo por la calle de la Blanca, entrando en sus mejores tiendas, y comprándonos cada uno una infinidad de caprichos a títu-

lo de recuerdos? Sabeis, hermanos, cuanta es la fantasía y la manía de adquirir de cuantos formamos en el Sindicato, y podeis figuraros lo que pasó está tarde teniendo en cuenta que no pagamos nada, por abonarlo todo, sin regatear, nuestro opulento acompañante. Calculamos que, entre unas cosas y otras, le ha costado nuestra expedición a Santander más de trece pesetas, en números redondos...

¿Cómo expresar la gratitud de nuestros pechos ante un prócer tan desprendido? Meditamos varios planes, para en cuanto volviésemos a Torrelavega, y prevaleció el de arreglar la casa a la última moda de Berlin. Uno de los detalles proyectados era el de bajar las camas de todos a la biblioteca, para convertirla en dormitorio general. Pero, cuando nos disponíamos a imitar las proezas de los mozos de Federico del Rieu, vimos aparecer al banquero disfrazado de agareno. Una tohalla turca lo envolvía, a manera de turbante, la cabeza, y otra mayor, de salida de baño, le rodeaba el cuerpo. ¡Estaba, nos dijo, enfermo!

Un atrevido pensamiento cruzó por nuestros cerebros. Invitarle a que, por si acaso, hiciera testamento a nuestro favor...

Pero, el prior, que por algo es quien es, no se tragó la tostada, y observó qué, durante la comida, el banquero, en cuanto se olvidaba de que oficialmente *estaba malo*, embaulaba como uno de tantos los deliciosos platos de su mesa y bebía más que el coronel Latour. Hizo, pues, el prior como que no veía nada, y se limitó a calificar a nuestro amigo de actorazo. ¡Qué bien *finjió* que estaba amagado de una congestión! Nos explicamos sus éxitos en el teatro, cuando cantaba el *Otelo*, *Sansón y Dalila* y *Aida*.

Y como no hay ningún placer en la vida que supere al de hacer creer, disimulando, al que engaña que ha engañado, simulamos que nos habíamos tragado la píldora de la indisposición y, haciendo votos porque, durante la noche, mejorase el supuesto moribundo, le dejamos camino de su cama, y nos embutimos en las nuestras, a tiempo de que un magnífico reloj de sonería daba unas campanadas que no entendíamos, porque además de las horas y las medias daba, en lugar de cuartos libras esterlinas.

¡Que así está todo en el *Kremlin* del banquero señor y rey de Torrelavega!

Madrid, 24 agosto.

Finit coronat opus.

Se acabó lo que daban.

Aquí concluyó el sainete... etc.

Hémos de nuevo en la Corte.

Hemos salido a las once de la mañana de Torrelavega, y ahora, que son las once de la noche, estoy ya recluído en mi celda de Madrid, trazando estos renglones! lo que equivale a decir que nos hemos echado al colete y de un tirón ¡428 kilómetros más!

Pero, retrocedamos y no nos atragantemos...

Amaneció lloviendo. Nos hicimos la ilusión de que la Naturaleza lloraba con nosotros la conclusión del viaje... e hicimos, por última vez, nuestras maletas.

Bajamos al comedor como quien asiste a un funeral. Allí, no obstante, nos regocijamos, al saber que el ínclito banquero había dormido como un lirón toda la noche y, según nos dijo, soñando conque ya nos habíamos marchado. Tenía la cara más joven y alegre

que nunca. Le saltaban los ojos de contento en las órbitas. Tarareaba el *Te Deum laudamos* y el paso doble de *Las corsarias*. En una palabra: el banquero rebosaba de felicidad.

Había hecho el *balance* total de nuestra estancia en su casa, y resultaba que le salía por una friolera. En preparativos, 8.726 pesetas; en comidas, 3.904; en vinos, 2.409; en tabacos, recuerdos, compras en Santander y pago de deudas nuestras en las tiendas de Torrelavega, 7 pesetas 45 céntimos; en imprevistos y en composturas y arreglos de vajillas, cristalería y muebles, 569. Total: unas 14.000 pesetas mal contadas... y con varios ceros de más.

¿Qué es esta miseria para él?

Un cheque más... Y, un cheque más ¿qué importa al mundo?

Ebrio de júbilo, como voy diciendo; como si tuviera gran prisa de que nos marchásemos y desapareciéramos de delante de su vista, nos ayudó a poner nuestros equipajes en el auto; con presteza nos empujó para que ocupáramos nuestros asientos y, sacando el reloj con impaciencia, nos excitaba a que partiésemos.

¡Yo no he visto un rostro más radiante de ventura en todos los días de mi vida! Contrastaban sus risotadas con nuestro sentimiento. ¡Adiós talonarios de cheques, onzas de oro, talegas y cestillos con numerario menudo, títulos de la Deuda, montañas de marcos... ¡Así es la vida! Mientras él reía, llorábamos nosotros...

—Vamos a quedarnos un par de días más—exclamé para arreglar la cosa.

Nuestro banquero se puso lívido y dió un *do* de pecho sobreagudo, gritando:

—¡Noooooo!...

El mecánico, poniendo el auto en movimiento puso término a la violenta escena. Descendimos la cuesta de la plaza de Luciano Herrero, vimos por última vez a las preciosas hijas del fondista, que tiene el hotel contiguo del alcázar en que nos hospedamos, y, al doblar la esquina, le vimos también a *El* con los brazos en alto, como dando gracias al Altísimo, o pidiéndole que nos deparase un vuelco.

Estuvimos por pararnos y telegrafiar diciendo que *volviamos*... pero la lluvia arreciaba y, comentando los incidentes de nuestra partida, nos dejamos llevar por un camino delirantemente bello, accidentado y pintoresco. ¡Qué de cuadros íbamos dejando atrás! ¡Qué pueblos los del trayecto! ¡Qué embriaguez de paisajes! Y luego, Turnes... Cortes... Las Caldas... Las Fraguas... hasta avistarnos con las cuestas empinadas que conducen a las llanuras rasas y despobladas, casi castellanas por lo feas, de Reinosa. Sí. Estábamos ya cerca del Sahara español. Como que al remontar la última pendiente, el cielo, que hasta aquel instante se mostró cubierto de finísimos cendales, apareció limpio de nubes y luciendo el azul deslumbrador de Castilla. ¡Adiós neblinas asturianas, santanderinas y gallegas! ¡Adiós celajes poéticos que coronabais los Picos de Europa, que envolvíais las rías, que nos servíais de toldo para librarnos de las bestialidades abrasadoras del sol. Adiós carreteras sin polvo, ribazos eternamente verdes y jugosos, ríos con agua y caminos con gente. Adiós bosques centenarios, árboles amigos, praderas y maizales amables. Ya estamos en Castilla, con sus enharinadas carreteras, sus pedregales, sus campos yermos, sus lontan-

zas sin fin, sus horizontes rasos, sus cerros pelados y sus rastrojos sólo fecundos en espinos, malezas y cardos borriqueros.

¡Raro capricho el del Cid! ¿Por qué, en lugar de dejar que se ensanchara Castilla al paso de su caballo no tiraría a éste de las riendas para que volviese grupas a Castilla? A menos que, como creen algunos, en aquellos tiempos, fuese Castilla un vergel, con árboles, muy poblado, etc. En cuyo caso no he dicho nada, y prosigo.

Serpenteamos por caminos sin el menor atractivo... y sin encontrar alma viviente hasta avistar el llamado famoso canal de Castilla: una raquílica acequia, de un par de metros de ancho, que discurre mansa y sosegadamente por entre una doble fila de álamos blancos... y qué, al menos yendo en auto, se deja atrás en pocos minutos, para volver a las andadas o al mismo monótono desierto, sin otro alivio que el de cruzar algunos pueblos, chicos o grandes, pero igualmente antipáticos, y distantes entre sí, ¡Qué desolación la de esta Castilla la Vieja, ponderada!

Soñábamos, además, con llegar pronto a Palencia, para satisfacer nuestros estómagos y, el *chauffeur*, aprovechándose de que sentíamos apetito, se dió el gusto de llevarnos materialmente por el aire, imprimiendo al motor una marcha que se aproximó a los cien kilómetros.

Con cuya velocidad, antes de las tres, ya estábamos sentados a la mesa y almorzábamos alegremente, haciendo, como de costumbre, el gasto, nuestro amadísimo prior.

Palencia tiene poco que ver, pero su catedral merece una visita, y se la hicimos cumplida, antes de re-

anudar nuestros vuelos, quiero decir nuestro viaje. Puesto, pues, nuestro avión en movimiento, salvó en menos de una hora los 44 kilómetros que nos separaban de Valladolid, a donde llegamos felizmente a las cinco de la tarde. Y entonces surgió el problema. ¿Qué era lo que teníamos que hacer en Valladolid ninguno de nosotros? Todos conocíamos la población por haber estado en ella varias veces, y éramos antiguos admiradores de sus monumentos. ¿A qué, pues, detenernos, pernoctar en otro hotel, con el consiguiente jaleo de deshacer y hacer maletas y darnos al día siguiente un nuevo madrugón? ¿No era mejor no apearnos siquiera del auto y *seguir* la caminata para ir a dormir unos en Villalba, otros en Valdelasierra y otros en Madrid?

¿Qué era un tirón de 250 kilómetros más para quienes llevábamos recorridos ya *dos mi*?

El acuerdo se tomó por unanimidad y hasta con entusiasmo. El que más y el que menos, ardía ya en deseos de llegar a su casa. Y confortados con que la etapa que recorríamos era la postrera, veíamos anochecer con gusto y volvíamos a rodar por la misma carretera por donde comenzamos el viaje, hasta que, de noche ya cerrada, entramos en San Rafael a los desacordes, que no acordes, de un organillo de manubrio, a cuyo alrededor pululaba y bailaba la colonia veraniega. Tras de San Rafael, el alto del León y Guadarrama, y, a poco, Valdelasierra, donde dejamos en el grato regazo de los suyos al bizarro coronel que nos había acompañado. Nueve kilómetros más y en Villalba, en el priorato, en la basílica casi central de nuestra Orden, donde, el sacristán mayor y yo nos despedimos con lágrimas en los ojos, de nuestro reve-

rendo Padre, para reanudar la marcha y atravesar la Puerta del Sol a las diez y cuarto de la noche.

¡Tampoco fué mala esta jornada última! 1428 kilómetros en un día, es decir, en un trozo de día, puesto que los recorrimos, incluyendo las paradas, en menos de once horas!

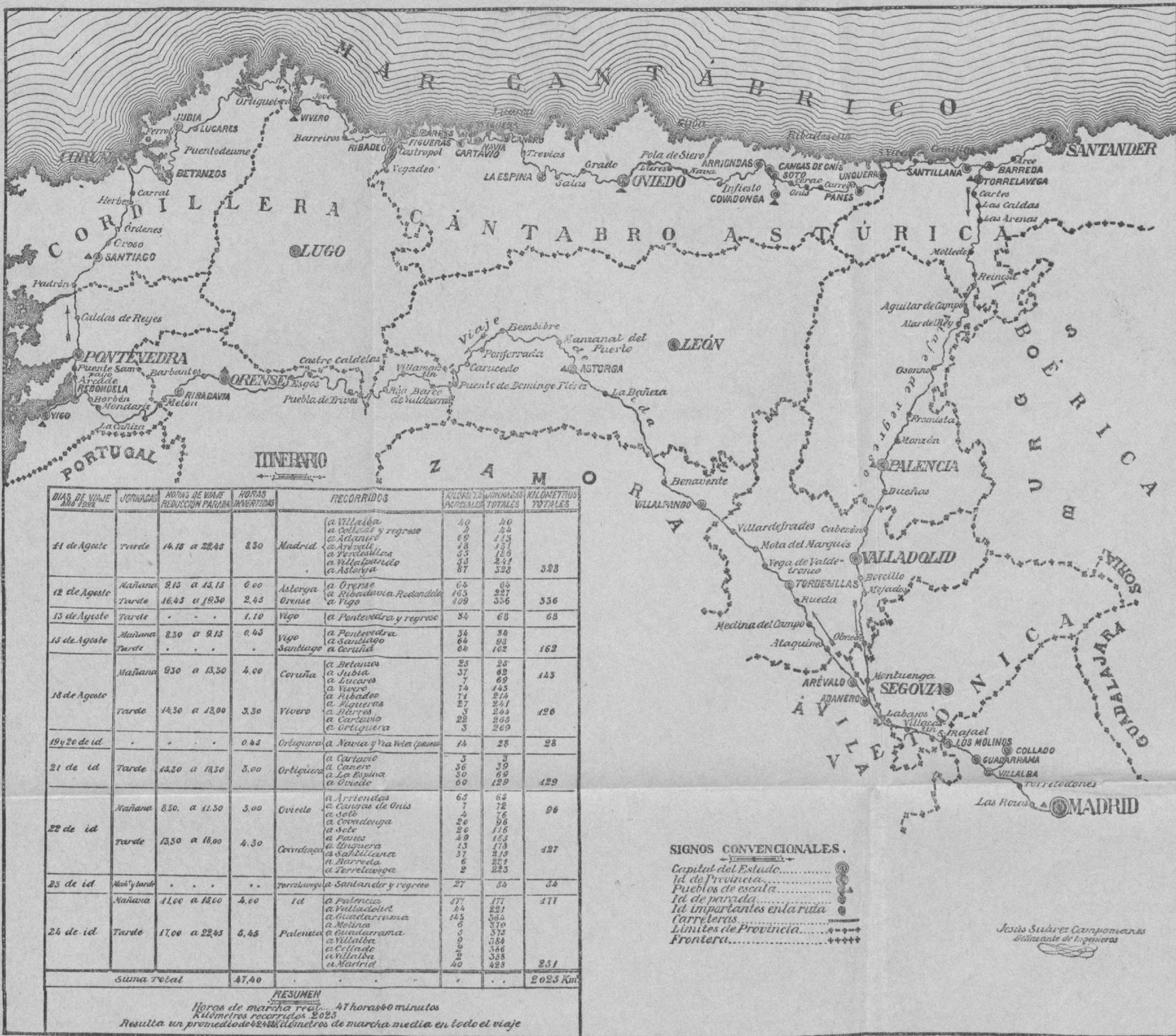
Y como lo mejor de los viajes es su conclusión, no creo calumniar a ninguno de mis compañeros, atribuyéndoles la misma honda emoción que yo sentí al meterme en mi cama y verme sano y salvo, después de los lances, fiestas y peligros que habíamos corrido, aderezados, eso sí, con un buen humor y una alegría que ninguno hemos de olvidar mientras vivamos.

Una sola palabra que dijera ahora, en alabanza merecidísima del inventor, organizador y... *administrador* del viaje, parecería adulación o, cuando menos, lisonja obligada por la gratitud. Omito, pues, todo comentario, limitándome a asegurar a mis amigos que, para excursiones de este jaez y este coste, siempre tiene preparada su maleta el autor de estas *Memorias*.

Vamos a ver, ¿no hay quien convide?

Espera la respuesta

EL CAMARLENGO



OBRAS DEL MISMO AUTOR

LITERARIAS

- Javier Malo.** Novela. Premiada y publicada por la Empresa editorial *El Cosmos*, en 1888.
- Pecado Mortal.** Novela. Traducción de André Theuriot, por encargo de la misma Empresa *El Cosmos*.
- El Mosén.** (Memorias de un guerrillero).
- Mocedades.** Colección de novelas cortas.
- Ripios en prosa.** Nueva colección de novelas cortas.
- Eróticas.** (Poesías amatorias). (Agotada).
- Sola.** Novela trágica. (Agotada).
- ¡Ay Joaquín, cuanto te quiero!...** Juguete cómico en un acto y en verso.
- Una primada.** Comedia en un acto y en prosa, dedicada a Catalina Bárcena.
- Estaría escrito!...** Cuento inocente.
- Jugar con fuego.** Recuerdos de Londres.
- La Generosa.** Novela.
- La Emperatriz de los líos.** Historia íntima de una preciosa cordobesa (agotada).
- El Arte al final del siglo XIX.** Juicio crítico de cinco Exposiciones Nacionales de Bellas Artes.
- De Madrid a Londres.** Manual práctico de la conversación inglesa.
- Ensayo Biográfico del célebre navegante y consumado cosmógrafo JUAN DE LA COSA, y descripción e historia de su famosa *Carta Geográfica*. Obra impresa en español, francés e inglés, y premiada con Medalla de Plata en la Exposición Histórico-Europea, celebrada en Madrid en 1892. Con un mapa a todo color, de iguales dimensiones que el original que se conserva en el Ministerio de Marina.
- Pintores Malagueños.** Diccionario biográfico de los más ilustres.
- Influencias de las Bellas Artes.** Conferencia leída en la inauguración de la Escuela Normal de Málaga.

TECNICAS

La Fotografía Moderna. Manual práctico de Fotografía.
Transformación de la Fotografía. Conferencia dada, con auxilio de proyecciones, en el Ateneo de Madrid.

El retoque fotográfico. Manual para uso de fotógrafos.

El arte de retratarse. Folleto-guía para los que se retratan.

Lecciones de Fotografía-Policiaca y Judicial, explicadas en la Cátedra de la Escuela Superior de Policía de Madrid.

FESTIVAS

(Biblioteca clandestina, de ejemplares numerados, y sólo para los amigos)

Memorias de un Marqués. Desahogo de un enamorado.

Una medalla inglesa. Aventuras de París.

Una medalla francesa. Novela de costumbres... malas.

El Pilar de... Extremadura. Cuento.

Trinachu. Novela-histórica en dos tomos.

El Distrito de Gaucín. Historia de un sablazo.

Una juerga andaluza. Memorias de un viaje a Sevilla.

Noche Toledana. Crónica de viaje.

Orígenes y antecedentes del título de Marqués de la

Peonza. Estudio histórico trascendental.

De Madrid a Madrid. Diario de un viaje en automóvil.

En preparación:

Viaje de recreo a la Sacramental de San Isidro.







1947

1947

1947

1947

1947

1947

1947

1947

1947

1947

1947

1947

1947

1947

1947

1947

1947